Las 3 caras de la moneda

pablo brito-altamira

Las Tres Caras de la Moneda

Mercurius

ISBN-13: 978-1419620195
ISBN-10: 1419620193
BISAC: Non-Classifiable

A mis hijas
A Sophia
A la minoría, siempre

ÍNDICE

“Ahora sé que me conviene obedecer y creer en las prescripciones de los superiores, teniendo en cuenta que están en posesión de altos conocimientos a los que mi humilde espíritu no podría llegar con sus solas fuerzas [...] El escrito que va adjunto se basa en la movilidad de la Tierra, o más bien lo presento como uno de los argumentos físicos que confirman esta movilidad. Ruego a V.A. lo considere como un sueño o como una fábula. Tal y como les sucede a menudo a los poetas que tienen apego a sus fantasías, así también le he tomado apego a ésta mi vanidad [...] Yo he sido el primero en soñar esta quimera...mi intención era desarrollar lo que había escrito y tratarlo de manera más extensa y ordenada, pero una voz me despertó y dispersó en una nube mis confusas y vanas ‘ fantasías’ “

Galileo Galilei, Carta al Archiduque Leopoldo de Austria, 1618.

“Uno de los peores defectos del hombre es la cobardía”

Mikhail Bulgakov
El Maestro y Margarita

INTRODUCCIÓN

1

Descuide: este libro no cambiará su vida.

Si su vida cambiara tantas veces como las solapas de los libros le anuncian y le prometen, usted no sabría ya quién es.

Tome un papel y un lápiz y escriba: ¿Quién soy?

No tiene que responder de inmediato. No tiene que responder nunca, si no quiere. Se trata solamente de una pregunta escrita sobre un papel. Pero usted no está en un salón de clases y no hay ningún profesor que evalúe su respuesta.

Muchos métodos de los que se autodenominan de "autoayuda" le proponen ejercicios que usted debe realizar y luego evaluar. Usted se convierte en alumno y profesor a la vez. Se autocalifica. Sobre la base de la calificación resultante usted se sitúa en una escala. Usted es más o menos calificado de acuerdo a esa escala.

Olvídelo. Usted no será otra cosa que lo que es por muchas escalas con las que se examine.

Cada persona es única e incomparable. Yo no puedo ser más usted que usted mismo. Usted no puede ser más su hijo que su hijo mismo, y así sucesivamente.

Yo soy yo, usted es usted y no hay comparación posible.

Que alguien tenga más éxito, más dinero, más salud que otro no lo hace ser más que el otro. ¿Más qué?

Supongamos que hemos respondido a la pregunta inicial. La pregunta era ¿Quién soy? Escribamos como respuesta provisional la siguiente: Soy un ser humano.

Muy bien. Es una buena respuesta. Tan buena como cualquier otra. Nadie puede decir que sea mentira.

Entonces preguntémonos esta otra: ¿Quién es más ser humano que yo? Piénselo. Suponga que abren un café en la esquina de su casa y colocan en la puerta un letrero que diga: “Sólo se permite la entrada a seres humanos”.

¿Cree usted que podrá entrar a ese café?

Si el café tuviera tanto éxito que se formaran colas para entrar, nadie podría entrar sin hacer la cola con sólo decir que es más ser humano que los demás. Nadie lo

aceptaría.

Ahora, hágase otra pregunta: ¿Será usted más ser humano aplicando tal o cual método? Quizás le hayan prometido que usted será más inteligente, o más exitoso, o más seductor. No importa. Lo que importa es que nadie puede prometerle a usted que aplicando un método usted será más ser humano.

Y usted es un ser humano. Y me atrevería a decir que no puede ser otra cosa que eso.

Por mucho que haga usted no logrará nunca ser otro que el que es.

2

La felicidad, el éxito, la prosperidad y todas esas cosas que la gente dice buscar y no encuentra en la vida y mucho menos en los libros son conceptos y no realidades. Salga usted a la calle y busque un concepto, el de belleza, por ejemplo. Recorra supermercados, cafeterías y plazas y pregunte a la gente si alguien ha visto pasar a la belleza o sabe dónde puede ubicarla. Una dirección, un teléfono, un e-mail...

Es probable que lo tomen por loco o por miembro del equipo de un programa de t.v.

de los de cámaras escondidas y demás. Y sin embargo, esas personas que se reirán de usted si les pregunta dónde vive la belleza pasan gran parte de sus días y de sus noches buscando entelequias parecidas. Uno busca riqueza, otro fama, aquella señora que se dirige a un curso de esoterismo busca la realización. ¿Que querrá realizarse esa señora? Si se pone a pensar un poco se dará cuenta de que todos, o casi todos, andan detrás de conceptos tan abstractos e inexistentes como el que usted dijo que buscaba.

Y si le pregunta a aquel otro que acaba de descubrir la "explicación de todo" en el nuevo libro de tal o cual autor, en la nueva "enseñanza" de esta o aquella escuela, qué es lo que anda buscando, es probable que le responda que se "busca a si mismo". Cabe pensar que el pobre no tiene espejos en su casa o que, como dicen que les ocurre a los vampiros, no se refleja en ellos. Puede que su pareja, su hermano, sus padres o sus hijos lo vean en la calle y no lo reconozcan... ¿Quién sabe? Todos, de alguna manera, nos hemos perdido a nosotros mismos alguna vez, por no decir muchas veces.

Tarde o temprano nos re-encontramos,

porque escapar de nosotros mismos es tarea ardua y de efectos pasajeros. Volvemos a casa y comprobamos que los zapatos todavía nos quedan.

Y nos decimos que lo que fuimos a buscar en esas doctrinas era algo que no se nos había perdido.

Lo que tratamos de hacer fue convertirnos en otros, en seres distintos del que somos. ¿Por qué?

Porque estamos convencidos de que ser lo que somos no es suficiente.

¿Suficiente para qué?

I
LAS TRES CARAS

Se pasa por alto el hecho de que las monedas tienen, realmente, tres caras. Se omite la mención al canto de manera sistemática, quizás porque rara vez se encuentra una moneda posada de canto. Cuando al lanzar una moneda para tomar una decisión al azar cae de canto, se dice que es augurio de buena suerte.

Lo cierto es que las monedas tienen canto por la sencilla razón de que son objetos tridimensionales, como todos los demás.

La tendencia a omitir la tercera dimensión no se aplica únicamente a las monedas. La mayor parte de los gráficos son bidimensionales. Los gráficos son maneras de representar el mundo y la mayor parte de la gente representa el mundo en dos dimensiones.

Un plano cartesiano tiene dos dimensiones. Un mapa también. Cualquier cosa escrita, la mayoría de las pinturas, fotografías, tableros de juego…nos hemos acostumbrado a considerar al mundo como

un espacio abstracto de dos dimensiones.

Conceptualmente hablamos de la guerra y la paz, el amor y el odio, el placer y el dolor, etc., etc., etc.

La tercera es una zona vaga y difusa, indefinible e improbable. Y sin embargo es la más habitual, familiar y cotidiana de todas. Rara vez somos absolutamente felices o infelices, rara vez amamos o detestamos a alguien de manera total y definitiva.

Rara vez estamos seguros de algo, pero cuando pedimos una respuesta clara exigimos un sí o un no.

Tomamos partido por las ideas, las personas y las cosas. Nos colocamos a favor o en contra, como si no hubiese más alternativas.

Y si se nos ocurre optar por una posición intermedia somos tachados de indecisos, indefinidos, cobardes incluso.

O somos “exitosos” o somos “perdedores”, y si nos atrevemos a preguntar con respecto a qué o a quién nos dirán que escurrimos el bulto o que no queremos afrontar la realidad. En ese contexto, como en la mayor parte de los contextos en los que

nos toca opinar, “realidad” es una moneda que sólo tiene dos caras.

2.

Las cosas que consideramos buenas deben ser total y absolutamente buenas. Si alguien sostiene lo contrario, lo consideramos de inmediato un adversario. Y si presenta pruebas de lo que dice optaremos generalmente por una de dos posiciones: o miente o le mintieron.

En el caso extremo de que se trate de pruebas irrefutables, realmente irrefutables, acudiremos a la salida de que se trata de una excepción y que la excepción, por supuesto, confirma la regla. ¿O la pone en duda?

No se trata de conocer la verdad sino de asegurarnos que la regla sobre la que nos basamos se cumpla. Las reglas son algo inquebrantable: o son reglas o no lo son, y punto. No se puede vivir sin reglas. Lo que no obedece a la regla es irregular.

Irregular es casi todo, si no todo, en la vida, pero eso es otra historia.

Parece, en efecto, que hay dos historias: una que nos cuentan y nos contamos y otra que vivimos. La que vivimos es siempre la

otra: particular, subjetiva, privada. ¿Privada de qué?

Pero en realidad hay tres, al menos. La tercera historia es la del canto de la moneda, una historia que se tilda generalmente de leyenda y que vivimos sólo si tenemos suerte. Porque se tiene suerte o no se tiene. Se nace con estrella o se nace estrellado. ¿Sí o no?

3.

Nadie vive completamente apegado a las reglas y nadie vive en la total irregularidad. Todos vivimos en el improbable canto de la moneda, en la cuerda floja, en el filo de la navaja: llámenlo como quieran. Todos compartimos la fortuna inconmensurable de estar con vida; la vida es en el universo algo mucho más raro que cualquier cosa rara en la que podamos pensar. Somos unos seres muy pero muy raros realmente. Tan raros somos que hacemos cualquier cosa con tal de no parecerlo.

Quisiéramos ser predecibles como los objetos inanimados, quisiéramos regirnos por fórmulas perfectas, quisiéramos que la vida fuera una ciencia exacta. Y somos tan

raros, que cuando vivimos por un momento en un ambiente predecible, nos aburrimos, nos deprimimos y nos enfermamos. Pero aún así somos capaces de negar el tedio, la tristeza y el malestar que lo predecible nos produce si con ello olvidamos por un momento lo raros que somos.

Y andamos por la vida malhumorados, irascibles, quejumbrosos, pero muy, muy orgullosos de ser “normales”.

Atenidos a la norma, no importa a cuál.

Atenidos y retenidos. Somos esclavos de las normas y damos la vida por ellas.

Yo puedo entender que demos la vida (finalmente la daremos de una u otra manera) por amor, por gusto, por delicadeza como el poeta. ¡¿Pero por una norma?! Lo peor es que lo único que demostramos con ello es que somos raros más allá de cualquier límite, que no hay norma que valga con nosotros, que somos total y absolutamente anormales.

4.

Admiramos, detestamos y envidiamos a todo el que se salga de la norma. Hacemos las tres cosas a la vez, aunque sólo

confesemos una. Aunque digamos que lo que realmente sentimos es lástima.

Según la norma a la que digamos pertenecer estableceremos nuestros criterios de admiración, envidia u odio. Si admiramos y envidiamos a los ricos y famosos sentiremos desprecio por los que no lo son, muchas veces sin percatarnos que lo que evidenciamos es desprecio por nosotros mismos. Al despreciarnos, despreciaremos a todos los que se nos parecen: a nuestros amigos, familiares y compañeros. Y si alguno de ellos se hace rico o famoso lo admiraremos o lo despreciaremos públicamente pero en la intimidad lo envidiaremos y lo odiaremos.

La norma es que nos odiamos por tener que aceptar y cumplir la norma. Y como no queremos reconocerlo, odiamos a los que se salen de ella. Somos raros.

Además, muchos personajes que a nuestro parecer se desentienden de las normas y hacen lo que les viene en gana, son tanto o más esclavos de las normas que nosotros. Es sólo que escogieron normas distintas.

El problema no está en los otros, sino en nosotros mismos. Amamos y odiamos en la exacta proporción en que nos amamos y nos

odiamos. Y como nos cuesta tanto admirarnos o sentirnos envidiables confesamos nuestra admiración o envidia por otros en muy contados casos.

¿Cómo amarse? No hay normas para hacerlo porque hacerlo es ir contra las normas. La mayor parte de ellas dice que el que se ama es un egoísta, un sinvergüenza o un inconsciente.

Y es la pura verdad.

Nadie que no sea un perfecto egoísta puede entender el amor porque amarse y amar son una y la misma cosa. El que se da a si mismo tiene, y porque tiene puede dar. El que se ofrece calor a si mismo calienta su entorno. El que se permite sabiduría a si mismo puede enseñar. El que siente dentro de si dolor y lo alivia sabe cómo aliviar. El que se perdona entiende que perdonar es maravilloso. El que se permite soñar aprecia los sueños de los otros. El que trabaja para si sabe trabajar para otros.

Nadie que sienta vergüenza de lo que es puede amar tampoco, porque sentirá vergüenza de los demás y nadie ama aquello de lo que se avergüenza.

El que ama no siente vergüenza de su amor por si mismo y por los demás. Lo

manifiesta desvergonzadamente, escandalosamente, libremente. Si proclamamos amor por los seres humanos, por los seres vivos, por la vida y por el universo ¿Cómo podemos avergonzarnos de nosotros, que somos la manifestación más cercana que tenemos de todas esas cosas? Todo el que ama es un sinvergüenza.

Y un inconsciente. Porque no presta ni un poquito de su conciencia, que es el más preciado de sus bienes, para percatarse o tomar en cuenta las normas.

El amor no es algo normal. Es un exceso, una temeridad, una locura. El amor es la máxima expresión de la libertad porque el que no es libre de amar ni ama ni es libre y porque sólo podemos amar en los otros y en nosotros mismos la libertad de ser lo que somos.

Todo lo demás es doctrina, la norma de los doctos. Y ¿Quién puede ser docto en cuestiones de amor?

5.

El altruismo es un egoísmo mal entendido. Nadie es altruista por amor, sino por cumplir con la norma de ser buenos. Y

nada menos estimulante para el amor que las normas y los mandamientos. Ser altruista es fácil: basta con establecer una rutina de dádivas proporcionales a nuestra disponibilidad de tiempo o espacio o dinero y hacer suficiente publicidad para que todos, incluyéndonos, piensen que somos buenos.

Ser egoístas es practicar un arte difícil y sutil, poco o nada apreciado por el mundo. Se trata de conocernos en todas nuestras facetas y descubrir nuestras más secretas debilidades y facultades a fin de hacernos aptos para amar.

Porque amar es dar, pero no dar cualquier cosa. A diferencia del altruismo, el egoísmo consiste en dar lo que nos daríamos a nosotros mismos si estuviésemos en el lugar del otro y conociéramos nuestras necesidades. El egoísta puede dar más de lo que tiene, y generalmente lo hace; el altruista da siempre una pequeña parte.

Cuando decimos que alguien es egoísta queremos decir que no nos ha dado nada: estamos pensando en nosotros como objetos de la dádiva de esa persona. De esta manera, medimos la bondad de la gente por la cantidad de dádivas que produce o que

creemos que produce de acuerdo con la norma mediante la cual definimos dádiva.

Según esto, una persona que no puede dar nada no puede ser buena. Es la misteriosa condición de los pobres: sólo son buenos para recibir nuestras dádivas.

La dádiva es un sucedáneo contabilizable del amor. Sirve para hacernos creer que amamos en una medida determinada. Tanto dinero, tantas visitas al hospital, tantos juguetes para los niños desamparados equivalen a una cierta cantidad de amor.

Pero el amor no es cuantificable ni es equivalente a nada que no sea él mismo.

6.

La mezquindad es la otra cara del altruismo. Si nos ahorramos las dádivas creemos ser más realistas y más sensatos, pero la mezquindad no es sensata ni es realista. Quien piensa que mientras menos dé más tendrá sólo evidencia lo poco o nada que se ama. Se convierte a si mismo en objeto de las dádivas que no entrega a los demás y se condena a la peor de las pobrezas porque se niega la posibilidad de compartir.

Compartir es uno de los grandes secretos del arte de amar. Y es secreto porque sólo los egoístas conocen su valor. El egoísta – lo llamaremos en lo sucesivo el que se ama para evitar confusiones- tiene siempre algo que compartir. Porque el que se ama disfruta de cada instante y atesora las más variadas formas de belleza que la vida le ofrece: por eso puede compartirlas. El que se ama sabe que compartir es siempre ganar y que mientras más se comparte más se tiene.

7.

La gente no se divide en altruistas y egoístas. La mayor parte de nosotros pertenecemos a la tercera cara de la moneda. A veces sale cara y otras sale sello. Con mucho esfuerzo, paciencia y suerte logramos que de vez en cuando caiga de canto. En realidad casi siempre cae de canto, lo difícil es que se quede así. Y las monedas pueden caer de tantas maneras posibles que es una tontería pensar que lo importante es si quedan al final con la cara o con el sello a la vista.

Lo interesante es estudiar el recorrido, la voltereta, la caída y la forma de detenerse al

cabo de todo el proceso. Nuestra vida es semejante a una moneda lanzada al aire: no podemos definirla a partir del momento en que ya no se mueve.

8.

Para entender mejor la tercera cara pensemos en dados. Los dados son monedas cúbicas, de tres dimensiones y seis lados. Las monedas son dados achatados y redondos. Achatados para ocupar menos lugar y redondos para simular que representan algo absoluto. En los casinos hay fichas rectangulares, que generalmente son las de mayor valor. Y los billetes, que normalmente valen más que las monedas, también son rectangulares.

Trasmutando la moneda en dado, el asunto de los polos que se oponen pasa a segundo plano. Aunque el 6 y el 1 se encuentren en caras opuestas no podemos decir que realmente sean opuestos. El 6 es un máximo y el 1 un mínimo: entre ellos hay cuatro posibilidades más. Por otra parte, ninguno de los 6 lados tiene más probabilidades de salir que los otros, a menos que el dado esté cargado. El dado es un representante conocido y respetado del

azar, esa bellísima facultad del ser que permite a Dios jugar con la creación para recordarnos que no todo es trabajo.

El juego es el principio de todo arte y de toda ciencia. Arte y ciencia no son opuestos, son solo dos caras de un poliedro de muchos lados. Todos ellos están sometidos al azar: el juego es la mejor manera de humanizar el azar.

Cuando olvidamos que fuimos niños olvidamos también que las cosas más importantes que aprendemos las aprendemos jugando. Es muy poco cierto que el sufrimiento o el esfuerzo doloroso sean una fuente de enseñanzas. Lo que aprendemos con ellos es, en el mejor de los casos, lo que no debemos hacer. Pero saber solamente lo que no se debe o no se puede no es sabiduría. Llamamos sabio al que sabe hacer, al que hace posible que sucedan cosas.

El que se limita a decirnos qué cosas no deben hacerse no es un sabio sino un tirano.

Jugando aprendemos primero que nada a jugar. Jugar implica aceptar una dosis determinada de azar. Incluso en juegos en los que se dice que el azar no interviene, como el ajedrez, es imposible predecir la

jugada del contrincante. Y a los efectos del juego, el azar y lo impredecible vienen a ser la misma cosa.

Manejar lo impredecible es una manera de aprender a ser libres. La libertad de escoger sin estar seguros de cuál será la consecuencia de la elección es la verdadera libertad: si conociéramos el resultado no se trataría de un juego ni habría libertad.

9.

El azar nos asusta. Sólo lo aceptamos cuando nos favorece de manera clara y tangible. Claro y tangible quiere decir que se ve y se toca. Nuestra tendencia a definir el mundo con pares de opuestos tiene mucho que ver con nuestro deseo de ver y tocar, de dar forma precisa, de convertir en objeto todas las instancias de la realidad. Lo invisible y lo intangible son menos “reales” que lo que llamamos “cosas” incluso si su acción nos afecta de manera directa. El pensamiento y el sentimiento son consideradas “cosas” de segundo orden y de menor importancia que los “objetos” que sirven de norma y medida de lo que llamamos mundo

“objetivo”. Lo que se ve y se toca parece seguro, confiable, porque es generalmente inerte o predecible. Una piedra, un zapato, un perro bien entrenado, una sopa de pollo, parecen ser nuestros máximos paradigmas de realidad. Aquí, la moneda no tiene ya siquiera dos caras sino una: la búsqueda de la verdad desaparece para dar lugar a la búsqueda de refugio.

¿Refugio contra qué? Contra el azar. Contra todo lo que se aleja de lo predecible. Y si tomamos en cuenta que lo único realmente predecible es la muerte, tenemos que esta visión del mundo, esta “objetividad”, no es otra cosa que miedo a vivir.

Somos tan raros que, a diferencia de todos los seres vivos, tenemos muchas veces más miedo a vivir que a morir. Y si nos detenemos a pensar un momento en esto, es casi seguro que enseguida sentiremos vergüenza. Porque, como ya hemos dicho, nos avergüenza ser lo que somos. Y es que somos, como especie y como individuos productos del azar. Renegamos de nuestra estirpe continuamente y nos dedicamos a ver documentales sobre animalitos para concluir

que “la naturaleza es sabia” y que el único error del universo somos nosotros. Es muy probable que si las cucarachas o los tiburones pudieran pensar llegarían a la misma conclusión. Llama la atención que lo que consideramos admirable de los tiburones y las cucarachas es que se han mantenido por cientos de miles de años sin variar un ápice. Ya no se hacen modelos como esos, dirá un aficionado a los autos de colección. La invariancia se nos presenta como virtud, mientras que la idea de mutación se asocia generalmente con algo monstruoso y aberrante.

Pero no hay nada que hacer: somos hijos del azar y de la mutación; somos producto de esa aberrante propiedad del ser que se llama vida y nos encontramos navegando en la impredecible corriente que hemos denominado evolución.

Por muy occidentales y racionalistas que seamos, por mucho que conozcamos y manejemos el mundo “objetivo” y pragmático, estamos expuestos a la enfermedad, a la locura, a la pobreza, a la muerte, y también a sus supuestos “opuestos”: la salud, la riqueza…Estamos expuestos a la vida y no podemos hacer otra

cosa que vivir.

Y ya que no podemos suprimir el azar, ningún tiro de dados lo logrará, lo mejor que podemos hacer es jugar.

10.

Juguemos. Juguemos a que no hay nada bueno ni malo, positivo o negativo.

Que lo más positivo que seamos capaces de nombrar puede serlo tanto que es, inmediatamente, negativo. Y estudiemos en cambio la infinidad de grados, matices, colores, formas, sensaciones, sentimientos, ideas que se presentan ante nosotros entre esos gélidos polos inalcanzables del bien y el mal.

No ganaremos nada si nos referimos a lo que vemos, tocamos, sentimos y pensamos ubicándolos en un punto determinado de esa escala entre bueno y malo, por la simple razón de que la escala es infinita y que por lo tanto es imposible establecer un punto medio entre sus extremos. No hay extremos y no hay punto medio: lo que hay son lugares y momentos. De la misma manera en que no podemos juzgar la belleza de un lugar por su latitud, es decir por su distancia

al ecuador o a los polos, ni un instante por su cercanía al mediodía, tampoco podemos juzgar lo que nos ocurre y lo que hacemos ocurrir en referencia a los imaginarios puntos cardinales de las normas morales, o estéticas, o de cualquier otra índole.

Todo juicio es un error de juicio. Sólo una capacidad de juicio infinita sería capaz de un juicio acertado en un universo infinito.

Dirán que esta idea puede conducir a la anarquía, al marasmo y a la demencia. También podría conducir a la felicidad, a la paz y al amor, pero en realidad no conduce ni a un sitio ni a otro, porque tales extremos absolutos de lo deseable y lo indeseable no existen. Una idea no conduce más que a otra idea, y la idea, aquí, es pasearnos de una a otra y disfrutar del paseo.

¿Por qué resulta tan difícil disfrutar? ¿Por qué queremos valorar antes de sentir para saber si lo que sentiremos tiene o no valor? Valor, significado, sentido, justicia son ideas útiles, pero están fuera de contexto cuando lo que se trata es de sentir. Es inútil preguntarse si un dolor de muelas es justo o injusto, valioso o no. Igualmente inútiles son esas preguntas cuando se relacionan con el

placer de comerse un helado.

Nos ha costado tanto adquirir destreza en el pensar – millones de años de esfuerzo constante- que no queremos hacer otra cosa que contemplar nuestro logro como quien admira la casa que ha podido comprarse después de una vida de sacrificios.

Lo que hemos logrado es nuestro, nadie puede quitárnoslo. No hace falta encadenarse a ello como avaros esclavos de un tesoro que no queremos gastar sino contar una y otra vez.

Sintamos. Celebremos nuestros éxitos pasados pero no cerremos la puerta a los nuevos retos que la vida nos presenta. El más urgente es el de crear.

11.

Crear es uno de los verbos más ambiguos, imprecisos y esquivos que hay. Crear denota hacer, producir, generar, inventar, descubrir, innovar, reproducir, engendrar, expresar y muchas ideas más. Creación se aplica tanto al trabajo de un modisto como a la obra del Todopoderoso. Pareciera que el conjunto de todo lo que es, incluyendo al Ser, fuese comparable con un vestido de mujer. ¿Por qué no?

Se dice que la gran diferencia es que Dios creó al mundo de la nada, pero eso no es cierto, porque Dios estaba allí. Sería más lógico decir que Dios creó el mundo de si mismo y que la “nada” no tuvo arte ni parte.

En todo caso, no hay una definición precisa, estática y perfecta de crear porque crear define, o nombra, todo lo que no es estático ni preciso ni perfecto. En este sentido, crear define o nombra todo lo que es; de allí que el sustantivo creación se aplique al universo y a la obra de Dios. Nada es estático, preciso o perfecto: todo es creación.

Muy bien, pero hay que tener cuidado, porque cuando algo pretende ser todo termina siendo nada. Al crear le pasa eso a menudo. Podemos verlo en el campo de las artes. Se dice que todo artista es un creador pero hace falta reconocer que no todos los que se dedican al arte pueden llamarse creadores o artistas. Un trazo cualquiera sobre un lienzo es, sin duda, un acto de creación pero no es, necesariamente, un acto artístico. Un paisaje técnicamente bien pintado es un objeto de arte, pero no siempre es creativo.

Esta condición escurridiza del crear tiene que ver con que crear no se define por igualdad o desigualdad a otra cosa que no sea el mismo crear. De allí la idea de que se crea desde la nada, porque nada define al crear, como no sea el sentir de lo que se crea. Sentir es casi tan indefinible como crear y crear casi tan indefinible como ser. Pero ese casi, como todo, es infinito. Por lo tanto sentimos, creamos y somos en todo momento sin que nos haga mucha falta definirlo.

Hacer, percibir, pensar y sentir son formas de crear. Hacer y pensar son formas activas, voluntarias. Percibir y sentir son receptivas e involuntarias. Crear no es únicamente una actividad, la inacción es una forma de crear. Cuando decimos “hacer silencio” decimos bien. Deberíamos decir “hacer nada” en lugar de “no hacer nada”, porque es tanto o más difícil que hacer silencio. En rigor, tampoco la acción o la inacción definen al crear: el crear no se define, se crea.

Parece que aquí cerramos la puerta con llave y tiramos la llave al río. No tenemos nada más que decir. Sin embargo, el hecho de que no hayamos logrado definir el crear

no puede impedirnos que hablemos de él. Y lo primero que diremos, en consecuencia, es que crear se parece tanto a definir que es casi lo mismo; de allí la dificultad de encontrar una definición para crear.

Definir es poner límite. Es sacar del infinito algo finito. De lo abstracto algo concreto, de lo in-definido algo definido.

Toda creación, todo lo que podemos crear, es pequeño, fugaz, efímero. Toda creación es una paradoja del infinito. Quisiéramos crear algo infinito, pero si lo lográramos ya no sería creación. Al mismo tiempo, todo lo que es, es infinito, incluso lo creado. Lo creado es lo infinito convertido en finito, por eso es fugaz.

Pequeño y fugaz. Como este instante: como todos los instantes y la suma de todos ellos. Como todo nuestro arte y nuestra ciencia, nuestros monumentos de piedra y de palabras.

Rara vez un monumento es una obra de arte.

12.

Hay algo que llamamos crear y es muy distinto de aquello que creamos.

Generalmente se piensa que la creación es el objeto creado: otra vez la idea de realidad limitada al objeto, a la cosa. Viajar, por ejemplo, es crear: creamos circunstancias, situaciones, que no existían hasta ese momento. Todo crear es un viaje, una exploración, un descubrimiento. Lo que queda del viaje, las fotografías, los mapas, los boletos y los recuerdos pueden revivir el viaje, re-presentarlo, pero no son el viaje. Lo mismo ocurre con la actividad del artista y la obra de arte. La obra es sólo un testimonio de la creación.

El objeto de la creación – aquello que se crea y el propósito con que se crea es un factor de gran importancia en la creación y le da sentido a la creación, pero no es la creación. El propósito de un viaje le da sentido a éste, pero el viaje es más que el logro o no del propósito. Comparando la creación al juego podemos decir que el objetivo del juego determina la manera de jugar pero el propósito más amplio es el de jugar y no el de lograr ese objetivo. Si se trata de un juego en el que sólo un participante resulta ganador no podemos decir que el otro o los otros no juegan

porque no ganan. Todos juegan aunque uno sólo gane. Y de igual manera el viaje tiene lugar incluso si el propósito del viaje no se logra. En la creación, la actividad creativa es independiente de la obra.

Esa independencia es además un requisito de la actividad creadora. Crear se diferencia de trabajar en la medida en que el trabajo no se realiza si el objetivo no se cumple, mientras que la creación siempre se ejecuta: no podemos decir que hemos perdido el tiempo si el resultado no es el deseado previamente; en el trabajo sí.

El trabajo se rige por normas. El juego y la creación admiten reglas pero jugar y crear no consisten en el mero hecho de cumplir las reglas y obtener un resultado. En la creación el azar es parte del juego mientras que en el trabajo el azar es un accidente.

13.

Trabajo y juego son dos caras de una moneda que como todas tiene tres caras. La tercera podría llamarse estilo.

Estilo es la manera en que nos relacionamos con las cosas. Hay maneras que son impuestas de acuerdo a ciertas

normas: sociales, culturales, etc. El estilo, en cambio, proviene de lo que somos, si somos capaces de admitir lo que somos y expresarlo. En cualquier situación podemos actuar con estilo o sin estilo. Actuar con estilo requiere conciencia y creatividad.: consiste en vivir y actuar siendo consistentes con nosotros mismos.

De igual manera en que reconocemos la obra de un artista por su estilo, podemos hacernos una idea de la gente y de nosotros mismos por la forma en que actuamos en determinadas circunstancias. El estilo no siempre está presente, como pasa también con el arte. Hay momentos en que actuamos de manera mecánica, de acuerdo a la norma, sin mucho estilo. Hay otros en que el estilo brilla y resplandece y hace que nos reconozcamos y nos sintamos plenos y felices de ser como somos. Nos hace únicos e inconfundibles, como los grandes artistas en sus obras maestras.

Aunque sea también todo lo demás (para no entrar en nuevas dicotomías) la vida es un arte.

Ver y vivir la vida como un arte puede que no sea para todos, de la misma manera en que no todos somos artistas o queremos

serlo. Pero para aquellos que sienten esa vocación, aunque no sepan que la sienten, vivir de otra manera puede ser nefasto. Para ellos y para los demás. Porque al igual que no se puede vivir sin arte y sin artistas, los artistas a los que no se deja vivir se tornan seres peligrosos y nocivos.

Las artes conocidas hasta ahora han sido ensayos parciales del arte de vivir. Los artistas que se han dedicado a ellas exploraron las posibilidades de la creación en campos e idiomas restringidos. Esas exploraciones han sido y son importantes y valiosas, pero son apenas augurios o promesas de un mundo por descubrir sobre el que tenemos pocas noticias ciertas aún.

En una época desconcertada y descentrada como ésta, la posibilidad de desarrollar un verdadero arte de vivir que ofrezca nuevos significados realmente significativos a la vida es crucial:

Ni las artes actuales, ni la ciencia, ni las religiones cumplen ya el papel que cumplían de dar satisfacción a nuestras inquietudes intelectuales, emocionales e incluso prácticas. Una cultura completamente orientada hacia el pragmatismo y la

producción de objetos se devela ya incompetente para resolver los problemas más elementales de la sociedad.

Algo falta que nos falta a todos por igual y que no sabemos definir.

Como ya vimos, definir es una forma de crear. Las ideas no se definen por si mismas, es preciso crear las definiciones.

Y las definiciones con las que contamos para vivir son ya trastos inútiles, hay que crear nuevas.

Hay que reinventar el amor, como decía Rimbaud. Y el arte, y la política y la ciencia y el trabajo. Hay que reinventar la vida.

Los niños de hoy ponen en evidencia, con su inadaptación a las normas que quiere imponérseles, la total inviabilidad de esas normas. Se repiten y se siguen impartiendo y observando por inercia, pero cualquiera que dirija su vista hacia el lugar al que esa inercia nos conduce observará que se trata de un precipicio. Y nuestra nave no tiene alas. No las tendrá hasta que las creemos. Hasta que creamos que son imprescindibles. Los pájaros no vuelan porque tengan alas – dijo otro gran poeta- sino que tienen alas porque vuelan.

Nuestros niños, los niños de la especie,

son como esos artistas de la vida de que hablábamos a los que no se les deja vivir o no se les deja ejercer su arte.

Ellos gobernarán al mundo en muy pocos años y lo cambiarán sin lugar a dudas. De nosotros depende que tal cambio no signifique una total destrucción.

14.

En el arte de la vida nuestros instrumentos son nuestras facultades como seres creadores y el soporte sobre el que trabajamos, el tablero de juego, es el tiempo y el espacio en que vivimos. Las personas que nos rodean no son público pasivo sino participantes activos. La principal materia prima es la energía interna del artista.

A modo de recuento provisional, podemos describir las siguientes energías:

- IMPETU

Es la energía primaria, muchas veces violenta. Toda creación, que es una definición, nace en algún momento y no en otro. Ese momento del nacer es arbitrario y no procede de ninguna instancia precedente

exacta o precisa. Como la primera palabra que escribimos en una hoja en blanco o la primera línea que trazamos en un lienzo, es producto de una serie de variables que podemos llamar infinitas. Es inútil, por tanto, encontrar racionalidad que determine este comienzo o el momento en que debe darse. Se da o no, y en la posibilidad de ese "no" radica su violencia. Cuando se da es, por así decirlo, irreversible, ya que constituye por si mismo un acto creador completo que define la suerte de lo que ha de venir.

Este acto implica riesgo y su riesgo aumenta en la medida en que se prolongue la decisión de tomarlo .Podemos pasarnos la vida entera evaluando la necesidad de hacerlo o esperando las condiciones más favorables, pero ni una ni otra cosa serán evidentes hasta que demos el paso, semejante al lanzarse al vacío de una avecilla que realiza su primer vuelo. No sabrá si puede volar o no hasta que lo intente, por mucho miedo que sienta.

Y es el miedo a perder la seguridad del estado anterior, que es el del no volar, lo que puede hacer del vuelo, inevitable por lo demás, un fracaso.

Pero incluso si el primer vuelo resulta imperfecto, tosco y hasta catastrófico será un vuelo.

Parecido a un lanzar de dados, esta creación establece el momento en que la suerte está echada y ya nada será como antes.

A partir de entonces se hace evidente lo que hemos dicho antes acerca de la tercera cara de la moneda; la ausencia de garantías se convierte en nuestra única garantía .El reino de lo probable da lugar al reino de lo posible.

Es fácil equivocarse con respecto a las consecuencias de este acto considerándolas antes de realizarlo. Lo más probable es que nos equivoquemos.

Pero nunca sabremos en qué medida lo haremos hasta que lancemos los dados y comencemos a jugar.

- EXPERIENCIA

Nuestra primera experiencia será decisiva .Pero será también el inicio de una sucesión de experiencias que irán definiendo ese ser nuevo en que nos convertiremos a partir del momento en que comencemos a crear. Muy

pronto estas experiencias se convertirán en instrumentos que permitirán continuar la creación y, por así decirlo, estabilizarla. Al principio seguiremos sintiendo miedo, pero ya el miedo no será lo único que sintamos. Junto a él sentiremos un cúmulo de otras cosas que llenarán el horizonte de nuestras percepciones. Al hacerse patente que es imposible volver atrás no tendremos más remedio que seguir adelante. Estamos volando.

- INTELIGENCIA

A medida que avanzamos comenzamos a entender.

Repitiendo acciones vamos aprendiendo el idioma de la creación. Cometeremos muchísimos errores, pero el error será nuestra única fuente de aprendizaje y tendremos que aprender a amarlo. Estamos en la tercera cara de la moneda y ya no tenemos la certeza del cara o sello sino la imperiosa necesidad del canto.

En esta inteligencia no interviene únicamente nuestra parte mental. Es la totalidad de nuestro ser la que debe

entregarse de lleno al aprendizaje si queremos que éste prospere. Abriendo todos nuestros sentidos, que son muchos más de los que creemos, iremos percatándonos de múltiples peculiaridades del nuevo ser que somos, muy diferente del que fuimos. Muchas de ellas nos parecerán absurdas al compararlas con lo que recordamos saber.

Seamos prudentes: el nuevo idioma no se parece en nada al que antes manejábamos. Por otra parte, todos los idiomas son arbitrarios, por lo que no debemos extrañarnos de que éste lo sea ni empeñarnos en aplicar la gramática conocida por buena y lógica que nos parezca. Cuando dominemos el nuevo lenguaje encontraremos que el antiguo es igualmente ilógico.

- SENTIR

Sentiremos cosas que nos gustan y muchas que no. Tendremos que abrirnos a ambas. Nuestra aproximación al sentir es variable y lo que ahora no nos gusta puede gustarnos más adelante. En este gustar y no gustar se evidencia de nuevo lo azaroso, lo afortunado y lo insólito. Lo que es, es, y no

tiene explicación posible: nos gusta o no, y eso es todo hasta aquí. Pero la experiencia continúa, como siempre, porque lo que nos gusta va definiendo aún más lo que somos y lo que no, define no tanto lo que no somos como lo que podríamos ser. Aquí la tercera cara se hace borrosa y la definición se torna indefinible. Sentir es también soñar. Los sueños alimentan sentidos ocultos que se desarrollan con el tiempo. Suele decirse que el tiempo no pasa en vano únicamente para referirse a las facultades que se pierden con el avance de la edad, pero rara vez se habla de las facultades que aparecen, si dejamos que lo hagan. Los viejos no se parecen a los niños porque hayan perdido conciencia y lucidez, sino porque la han ganado. Niños y viejos son ejemplos a seguir si queremos ser creadores: nos empeñamos en comportarnos como la entelequia que llamamos "adulto" a la que damos un carácter separado del tiempo, como si no fuera una etapa más, y por consiguiente transitoria, de la vida.

- JUGAR

Jugar, dar, mostrar, enseñar…De aquí en adelante, es otro el que te guiará, lector. Tú

mismo deberás conocer y reconocer los signos de este arte de vivir que es también un arte de volar. Recuerda: no se vuela sin alas y no se vuela sin viento. Recuerda: el universo entero aprende a volar contigo.

Recuerda: Estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, ergo, Dios es imperfecto.

II

Valor y Deseo

1.

Equidad viene del latín aequitas, igualdad.

Está claro que no hay dos cosas iguales en el mundo y que sólo puede hablarse de igualdad en lenguajes abstractos, como la geometría o las matemáticas. La igualdad es, por definición, cuantitativa.

Podemos comparar pesos, volúmenes, cantidades, pero no podemos comparar cosas, sucesos, personas. Dos perros equivalen a dos perros pero nunca estos perros serán iguales a los otros. Para establecer esta igualdad de manera artificial debemos recurrir a un tercer elemento que simplifica o anula las diferencias. El dinero es un tercer elemento abstracto de esta clase. Una libra de oro es equivalente, es decir artificialmente igual a tal cantidad de plata,

que a su vez vale lo mismo que una cierta cantidad de manzanas.

Valer es hacer abstracción de las diferencias, es decir, de la individualidad de cada cosa o persona.

“Tanto tienes tanto vales” es una afirmación consistente dentro de este sistema. Lo peculiar, lo individual, lo que llamamos alma no tiene ningún valor. Por eso se duda de su existencia. Sólo lo que tiene valor existe. Los términos se confunden en este juego de simplificación y abstracción y decimos, por ejemplo que “ese hombre vale mucho”, que tal o cual experiencia, conocimiento o sensación son “valiosos”. Por valioso entendemos algo que es capaz de convertirse en otra cosa, que puede intercambiarse por algo que no es. Porque es el intercambio, el pasar de ser una manzana a ser dos bananas lo que da sentido al valor. Aquello que no es intercambiable no tiene valor.

El amor, el placer, el dolor, son realidades que excluimos de este juego por ser incuantificables. Podemos, ciertamente, atribuirles un precio. El precio es una forma alternativa de valor con la que buscamos establecer un valor empírico y

circunstancial. Si alguien paga ese precio ese es el precio, es decir el valor. Pero el precio puede variar y esa variación pone en duda el valor como principio.

Recordemos que valor viene de equivaler, que significa ser igual a. El precio rompe la ilusión de igualdad e introduce lo cualitativo en el asunto. Pero introduce a la vez lo cuantitativo dentro de lo cualitativo: "No hay dos hombres iguales, pero todos tienen su precio". A través de esta "sutileza metafísica" aquello que no tenía valor y no era intercambiable entra al mercado.

Sabemos que el amor que se puede comprar no es el verdadero amor, pero si tiene un precio es que hace las veces de alguna manera, y por lo tanto es (aunque de manera fluctuante) equivalente al amor.

Y si logramos crear esta ilusión de equivalencia con el amor, podemos lograrlo con cualquier otra cosa.

El mundo se llena de equivalentes, en el sentido de ersatz, sucedáneos, de cualquier cosa pensable. La afirmación de que "Nadie es indispensable" nos hace creer que somos equivalentes, que igual da uno que otro y que el placer de la presencia o el dolor de la pérdida son sentimientos sin mucho valor,

sentimientos equivocados.

Equivocarse es familiar de equivaler, viene también del latín: aequis, igual y vocare, llamar. Quiere decir que la equivocación consiste en llamar con el mismo nombre dos cosas que son distintas.

Estamos otra vez en el corazón del asunto.

Si dar el mismo nombre a cosas diferentes es equivocación, error, también lo es darle el mismo valor, el mismo precio a tantas manzanas que a tantas bananas, a una persona que a otra, a un amor que a otro. Todos somos indispensables, nadie es dispensable, es decir desechable.

El error es un error de base. Y error viene de errar, que es andar sin rumbo. O con rumbo equivocado.

Si nos percatáramos de que el rumbo que llevamos nos conduce a algo distinto a lo que queremos, sin necesidad de arrepentirnos de haberlo emprendido, ya que la travesía no ha sido del todo ingrata, nos detendríamos y nos preguntaríamos a dónde queremos ir.

Para empezar, podríamos tratar de ver que no da lo mismo lo que queremos que lo que

no queremos, lo que amamos que lo que no amamos, lo que deseamos que lo que no. Que lo que vale más no es, necesariamente, lo que más nos gusta. Que lo que tiene el precio más elevado no es siempre lo más útil o lo más deseable. Que nada tiene valor si no lo tiene para uno. Uno es igual a uno y diferente de cualquier otra persona, cosa, número o precio. Nada es equivalente, de nada puede decirse que da igual.

2.

Consideremos ahora otra faceta del asunto. Se sobreentiende que una faceta no pone en duda a la otra ni la niega. Es otra, simplemente. La complementa: con una sola faceta no tenemos un diamante.

Se trata del intercambio. Hemos pasado sobre el asunto sin detenernos en él y lo hemos utilizado como simple referencia del valor. Pero la pregunta acerca del intercambio no es simple y tampoco lo son las respuestas posibles.

Intercambiar es una acción por la que nos deshacemos de algo y nos apropiamos de otra cosa. El intercambio ha sido utilizado muchas veces como aquello que justifica al

valor, que lo hace necesario. Si no cuantificamos las cosas no podemos intercambiarlas. Tratemos de ver qué hay de cierto en eso, porque si fuera cierto del todo deberíamos revisar lo que hemos afirmado acerca del valor.

A produce manzanas; es un experto. Sus manzanas son deliciosas. B produce bananas no menos sabrosas y nutritivas. Se encuentran un día en el camino, o en la plaza del pueblo, cargados con parte de su producción. Comienzan a conversar y en un momento dado B ofrece a A una banana. Por no ser menos cortés A ofrece a B una manzana. Ambos comen la fruta del otro e intercambian elogios que vienen seguidos de agradecimientos: ambos están muy orgullosos de la calidad de sus productos. Entonces A dice que quisiera adquirir un número mayor de bananas para llevarlas a su casa y dárselas a probar a su esposa, a sus hijos, a sus amigos. Como B afirma algo parecido, deciden intercambiar sus productos. Pero se trata de cultivos muy diferentes que involucran trabajos y tiempos diferentes. ¿Cuál será la medida justa de la equivalencia? ¿Cómo establecer un intercambio equi-tativo?

Se sientan a conversar y consideran varias posibilidades. El esfuerzo que implica una y otra cosecha, el tiempo que hay que esperar para obtenerlas, la gente que debe participar en la recolección, el cuidado que requiere la fruta para permanecer fresca y muchas otras variables.

Son tantas que A y B no logran establecer una fórmula que parezca justa para ambos. Y como son parte involucrada, deciden pedir consejo a terceros. Pronto se reúne un numeroso grupo alrededor de A y B. Cada quien aporta su opinión. Uno habla de los valores nutritivos de cada fruta, otro de los peligros que acechan cada cosecha, un tercero comenta que las manzanas duran más que las bananas en la despensa. Y se suma a la discusión un alfarero que ofrece vasijas para colocar frutas a cambio de manzanas y bananas, siempre que el trato sea justo. Pronto llegará el pastor, que dispone de leche y lana y el minero que se dedica a extraer oro. La plaza se ha convertido en mercado.

Para cada quien su producto es lo mejor, pero nadie puede asegurar que no necesita o desea lo que los demás producen.

Después de una larga polémica en la que no faltan gritos, insultos y puñetazos, se acuerda escoger uno de los siguientes sistemas:

1) Cada cual tomará por las buenas o por las malas lo que quiera o requiera. Será problema del productor proteger su propiedad para defenderse o equiparse para atacar a otro y actuar de igual manera.

2) Se nombrará una autoridad a cuyo criterio todos se plegarán y que establecerá las cantidades en que los productos serán intercambiados.

3) Se establecerá como medida el trabajo requerido para producir una determinada cantidad, volumen o peso de cada cosa, en términos de tiempo dedicado a tal producción.

4) Cada quién será árbitro del valor de su producto y lo intercambiará por la medida de otros bienes que considere conveniente, siempre que encuentre a otro productor que consienta hacerlo.

5) Cada cual dará lo que le plazca dar a cambio de lo que gusten ofrecerle.

6) Todos procurarán producir todo aquello que quieran consumir y se abstendrán de intercambiar productos.

Se propusieron otras variantes, pero éstas son las que obtuvieron más cantidad de votos. Los votantes aceptaron la decisión de la mayoría pero no abandonaron del todo sus puntos de vista. Con el tiempo las soluciones fueron alternándose: prevaleció una un día y otra algún tiempo después. Siempre hubo gente que se oponía al régimen imperante en cada época.

El intercambio se produjo de unas y otras maneras pero nunca se logró unanimidad en el criterio de igualdad entre los productos, los trabajos, las ganas o las fuerzas en juego. Se impusieron los que contaban con mayores recursos para imponerse.

Los que sostuvieron que había que ser autosuficientes se percataron pronto de que debían privarse de muchas cosas, hasta el punto de tener que adaptarse a una vida muy poco placentera. Por lo demás, sus hijas se enamoraban de los hijos de sus rivales políticos, con lo que el intercambio se hacía inevitable: el matrimonio entre hermanos había resultado nefasto.

Los que daban sin poner precio a lo que recibían se empobrecieron y acabaron dedicándose a la mendicidad.

Aquellos que abogaban por el trabajo

como medida se sorprendieron al ver que pronto los que menos trabajaban tenían más.

Quienes sostenían que las decisiones debían ponerse en manos de la autoridad se empobrecieron mientras veían que los miembros de la autoridad enriquecían inexplicablemente.

Los que proponían la violencia fueron víctimas de la misma.

Para los defensores del precio convenido entre las partes hubo épocas muy buenas y otras muy malas. Otros productores que competían con ellos les arrebataron muchas veces toda la clientela ofreciendo su producto por mucho menos.

Algunos optaron por adaptarse a las reglas que establecía el poder de turno sin defender ni atacar ninguna de las posiciones. Entre ellos hubo quienes se dedicaron a continuar pensando en el problema del valor y del intercambio.

Muchos de ellos llegaron a la conclusión de que no sólo las cosas no son iguales ni su valor es comparable, sino que las opiniones acerca de ello tampoco lo son.

3.

La invención del dinero pareció resolver las cosas por un momento. Pronto se evidenció, sin embargo, que el dinero era una simple abstracción del valor, otra forma de nombrarlo y hacerlo tangible. El dinero servía como figura que podía adaptarse a cualquiera de los modos de intercambio escogidos. Y como tal persistió, cambiando siempre de forma para servir a unos intereses y a otros.

El intercambio es algo que se produce inevitablemente, en una gama casi infinita de modalidades. El lenguaje, la guerra, el sexo, la cooperación, la esclavitud, la compraventa, el arte y la ciencia son algunas de ellas.

En nuestro afán porque los intercambios sean o parezcan equitativos, justos, insistimos en la desmentida y abstracta igualdad de cosas y seres. Hay muchas interpretaciones psicológicas, ontológicas, antropológicas y de toda índole que intentan explicar esto. Pero el camino que hemos escogido transitar, más cotidiano y familiar, no pasa por esas grandes avenidas del pensamiento. La pregunta que nos hacemos

es la de qué son para nosotros en la vida diaria el valor y el intercambio.

En la amistad, y en algunos casos también en el amor, el intercambio se produce de manera espontánea y aparentemente desordenada, sin que la cuestión del valor y de la igualdad se manifieste con esa urgencia y ese poder que hemos encontrado en las relaciones comerciales. Por involucrar sentimientos, el amor y la amistad fluyen sin desconectarse, en algunos casos al menos, del deseo.

Ante el concepto de valor, algo que parece y suena importante, filosófico, universal y trascendental, el deseo se presenta a primera vista como una contraparte pobre, débil, insignificante.

Cualquiera diría que el deseo no tiene la misma categoría que el valor, que no pertenecen a la misma clase de conceptos. El valor es de clase alta, con alcurnia y prestigio, mientras que el deseo se parece más a un vagabundo mal vestido que a todas luces no es de buena familia. ¿Qué tiene que ver el valor, ese forjador de civilizaciones, con un simple deseo?

Si analizamos bien el problema concluiremos que tiene mucho que ver. Sin

deseo no hay valor.

Toda la discusión comenzó con la necesidad de establecer una equivalencia entre manzanas y bananas. Tal discusión no hubiera tenido lugar si los dos vecinos no hubieran sentido deseo por el producto del otro. Nos dirán que el deseo no es algo que la lógica o la matemática puedan estudiar, que es algo subjetivo, circunstancial, eventual y quién sabe cuántas cosas más. Y es así, el deseo es un representante de lo cualitativo, algo que no puede o no necesita cuantificarse. La diferencia entre un capricho y un amor eterno, decía Wilde, es que el capricho dura toda la vida.

Y si recordamos el desarrollo de la ya famosa discusión sobre el valor de las frutas comprobamos que en última instancia, cuando se forman los partidos a favor de uno u otro sistema de intercambio, lo que impera es la opinión de cada grupo y de cada individuo: en otras palabras cada quien hace lo que le da la gana hacer.

En la amistad y en algunas formas de amor el deseo ha conservado un refugio para habitar y protegerse en este mundo gobernado por el valor. Como si se tratara de una casa en la que no hay televisores o

electrodomésticos, el deseo vive en un ámbito que muchos calificarían de marginal. En cierta manera el calificativo es correcto, porque el deseo se sitúa casi siempre al margen de la locura mundana.

Margen del mar son la costa y la playa, esos lugares a los que la gente acude en períodos llamados de vacaciones, porque dejan vacantes por un rato los puestos que ocupan en las gavetas de los escritorios en los que trabajan y viven para mayor gloria del valor y el intercambio cuantitativos.

En los márgenes de los ríos comenzó la civilización. ¿Por qué? Puede que porque a los fundadores de esas civilizaciones les pareció mejor vivir allí que sobre la corriente fluvial.

O quizás porque les dio la gana.

4.

El deseo tiene una pariente rica, poderosa y obstinada que lleva el nombre de necesidad. El deseo y la necesidad van algunas veces de la mano, pero se pelean también con mucha frecuencia. La necesidad está acostumbrada a hablar en voz muy alta, a gritos, y proclama que sus puntos de vista

son ciertos, verdaderos y absolutos.

La palabra absoluto le produce alergia al deseo, que prefiere términos más manejables y sencillos, como propicio, agradable, relativo.

Para la necesidad, sus hijas forman con ella la familia más importante del mundo. Ellas son el hambre, las quintillizas biológicas, la intemperie y otras que no recuerdo, porque sumadas a los hijos adoptivos la prole de necesidad es increíblemente numerosa. En efecto, la necesidad se dedica a adoptar hijas e hijos como pasatiempo. Así forman parte de la familia la riqueza, el conocimiento, los afectos, el poder, la figuración social y muchos más. Crecen, se multiplican e invaden el mundo. Hasta los teléfonos celulares se dicen hijos de la necesidad.

Pero para mantenerse en su lugar preponderante la necesidad tiene que guardar bajo llave un secreto de familia en el que reside todo su poder: el secreto es que toda su fuerza reside en el deseo.

Jamás lo aceptará públicamente. La versión oficial es la inversa: el deseo requiere de la necesidad para vivir. Es un pariente sin recursos que depende totalmente

de su tía rica. La supervivencia, una de las hijas más encopetadas de la necesidad, que es quien maneja la mayor parte de los negocios de la familia, sostiene que el deseo es in-necesario, en otras palabras, que se trata de un hijo bastardo o adoptivo, huérfano, recogido.

Al deseo le importa poco lo que digan de él. Sabe, para empezar, que uno no tiene necesidad de vivir si no lo desea. Ni de amar, ni de tener hijos, casa, empleo, coche, yate, acciones en la bolsa o zapatos de marca.

Por eso mismo la necesidad se encarga de hacer pasar falsas necesidades por deseos, muy calladita y subrepticiamente.

Cuando se encuentran a solas, deseo y necesidad hablan sin tapujos. Deseo admite su amor por sus primas biológicas, por el conocimiento, por su gemelo el placer y por muchas otras necesidades, pero se manifiesta siempre en contra del poder, del éxito, de la salvación y de otra serie de personajes que la necesidad quiere hacerle aceptar a toda costa. El deseo manifiesta que sería mucho más fácil alimentar las necesidades básicas de todos los habitantes del planeta que seguir inventando

necesidades artificiales, como las bélicas, que se encuentran para él entre las más odiosas.

Necesidad confiesa a veces que ya le es imposible volverse atrás, que el proceso que ha desencadenado es irreversible. Y agrega que para producir un cambio mundial se necesita poder. La necesidad se entrega a un llanto histérico; entonces el deseo se despide y se ausenta.

5.

El placer es, como hemos dicho, hermano gemelo del deseo. Algunos sostienen que el parto fue de trillizos, y que el tercer hermano es el dolor. En otra versión el dolor es un pseudónimo utilizado por el placer y por el deseo en ocasiones en que la presión de la necesidad se vuelve insufrible. También se habla del dolor como del vicio al que deseo y el placer se entregan cuando no ven realizados sus caprichos. Mucho se ha dicho y escrito acerca del dolor. Como en el caso del valor las intrincadas teorías son de poca utilidad para el manejo cotidiano de los momentos dolorosos. Baste decir que el dolor aparece y desaparece de manera poco

predecible en la mayor parte de los casos y que cesa tarde o temprano.

El placer y el deseo son inseparables: no hay deseo que no sea deseo de placer. Quienes pretenden hacer del dolor el vehículo para obtener placeres artificiales o ilusorios lo hacen también por placer, aunque no lo confiesen. El placer disfrazado de dolor es una de las armas favoritas del poder. Con la falsa premisa de un dolor compartido el poder hace que unos sufran para que otros acumulen placer. Pero el placer no puede ser acumulado: se degrada y se convierte en dolor. El dolor no es bueno para nadie y debe ser evitado a toda costa. Como el poder, del que hablaremos más adelante.

Dicho esto, es fácil reconocer como evidencia que deseo y placer son las fuerzas que mueven la vida. El placer es el objetivo último y real de todas nuestras acciones, pensamientos y sentimientos.

Es por el placer de vivir que seguimos con vida, Es por placer que procreamos, hacemos arte, ciencia, negocios, religión y todo lo demás.

Esta evidencia es disimulada sistemáticamente por el poder, que busca

incansablemente alias o seudónimos para el placer con el propósito de escamotearle su crédito como motor del universo. Puede que sea por envidia, ya que el poder se avergüenza de si mismo y debe disfrazarse de mil formas para imponerse, con lo que llegado el momento no cuenta con fuerzas para disfrutar del placer. Lo que más molesta al poder es que el placer está al alcance de todos sin grandes ni complicados trámites. Para el poder, en cambio, hace falta desplegar una enorme parafernalia para obtener una dosis mínima de placer, generalmente ficticio.

En su eterna guerra contra el placer, el poder ha inventado una gran cantidad de venenos destinados a intoxicar a la gente y privarlos del disfrute para el que la vida entera los ha destinado. El deber, el sacrificio, la obligación, la ley, la justicia, el castigo, el peligro, el infierno y muchos otros.

Todo ha sido en vano. Deseo y placer proliferan irremediable, espontánea, salvajemente.

Son los hijos predilectos y mimados de la vida y ni siquiera la muerte puede contra ellos. Porque la muerte es esclava de la vida.

Aunque el poder intente convencernos de lo contrario.

Es imprescindible agregar que, sin embargo, la publicidad es terreno de cultivo de su principal anticuerpo: la creatividad.

Como en todo, la moneda tiene tres caras y es la más inesperada de las formas la que con frecuencia termina convirtiéndose en la que surge y se materializa. El departamento creativo de las agencias es un excelente laboratorio para la experimentación de nuevas maneras de comunicar, independientemente de que el contenido de la comunicación esté ya preestablecido. Volveremos sobre ello cuando la ocasión (esa cantante calva que muchas veces señala el momento crucial de la historia con su destemplado grito) se presente.

III
Ciencia y No-ciencia

"El nivel de una ciencia se determina por su capacidad para experimentar una crisis de sus conceptos fundamentales."

–Martin Heidegger.

1.

Se habla del método científico, que nunca se ha explicado de una manera metódica, como la vía apropiada para alcanzar verdades acerca del universo y los entes que en él se encuentran.

Pasando por alto las innumerables objeciones posibles a este enunciado, objeciones que comienzan por el hecho de que tal método científico se presupone adecuado para alcanzar la verdad pero no para definir qué es la verdad, ni qué significa universo y ni siquiera qué entendemos por adecuado, trataremos de entrar en la materia que nos interesa: a qué verdades no podemos llegar mediante el

método científico.

Como nuestra intención no es hacer ciencia tampoco estamos obligados a adoptar el método de la ciencia. Podemos hacer una enumeración arbitraria y azarosa de esas cosas que la ciencia no puede conocer y que por lo tanto no pretende conocer.

La simple enumeración será evidencia de que hay verdades para alcanzar las cuales el método científico no es la vía más apropiada.

El amor es algo que tiene nombre y por lo tanto existe. Hay algo que llamamos amor; si no fuera así no existiría la palabra. Y si hay eso que llamamos amor, pertenece al universo, si entendemos por universo el conjunto de todo lo que hay.

Difícilmente llegaremos al amor a través del método científico. Científicamente hablando, para decir que amamos o que somos amados deberíamos poder demostrarlo. Deberíamos poder predecir el comportamiento del amor, como quien predice el comportamiento de un álcali que se combina con un ácido. Para aseverar que alguien es la persona que más amamos en el

mundo deberíamos conocer a todas y cada una de las personas que viven en el mundo y poder comparar. Y así sucesivamente.

Como el amor, podemos nombrar la alegría, la tristeza, la felicidad y cualquier otro sentimiento. Pero no son sólo los sentimientos los que escapan de las redes del método científico. La historia de las sociedades también. El comportamiento de las personas también.

El problema de continuar con esta enumeración azarosa (el azar también escapa) es que llegaremos a la terrible conclusión de que las cosas, entes o seres sobre los cuales no puede decirse nada científicamente, o a ciencia cierta, no sólo son innumerables sino que son también los más importantes.

¿A quién le importa más el peso atómico del titanio que el peso moral de una acción con la que hemos hecho daño o nos lo han hecho a nosotros?

Para este último peso no hay respuesta científica. Ni siquiera pregunta. Y si la psicología, que presume de ciencia sin necesidad y para su mal, pretende atenuar nuestro dolor con estadísticas, es probable que sólo lo aumente.

Que es a donde queríamos llegar y hemos llegado, mediante un atajo no-científico: el método llamado científico, de las “verdades” comprobables y cuantificables no sólo no ayuda a vivir y a encontrar la felicidad, sino que casi siempre estorba.

2.

¿Hay otro método para enfrentarnos a lo que la vida nos ofrece y nos quita que podamos utilizar para actuar de manera más adecuada, cometer menos errores, sufrir menos?

Para intentar responder a esta pregunta podríamos comenzar por imaginar qué sucede cuando actuamos deliberadamente de una manera no-científica.

En primer lugar, olvidemos las garantías. Sólo una fórmula científica puede garantizarnos un resultado determinado. Acido + álcali = sal + agua. Siempre y en todo lugar. En esto radica la atracción que ejerce el método científico. Y su utilidad innegable para resolver los problemas que se plantea dentro del marco que le corresponde. Recordemos: el uno y el seis no son opuestos por estar en caras opuestas del dado.

Pero ya vimos que no puede ayudarnos a

resolver problemas subjetivos, individuales, existenciales. No hay garantías: no las busquemos.

Parece una tontería, pero el hecho de no seguir buscando algo que no vamos a encontrar es un gran paso. Una cantidad de energía que ya no malgastaremos y que nos servirá para buscar lo que sí podemos encontrar.

De esta premisa se deduce una serie de postulados que desembocan en una afirmación no-científica (en lo sucesivo noC) de gran importancia, que llamaremos Primer Principio:

La ausencia total de garantías es la mayor garantía posible.

No hay, en efecto, garantía más absoluta. En dadas circunstancias, el álcali y el ácido podrían comportarse de manera imprevista, la fuerza de gravedad podría quedar abolida, el tiempo podría dejar de transcurrir, etc. Pero ninguno de estos sucesos o fenómenos desmentiría el primer principio. La mayor seguridad posible, y podemos afirmarlo con absoluta convicción, radica en la conciencia de que no hay seguridad.

Si logramos dar este salto que al principio podemos considerar peligroso, o inútil, o

calificar como un simple sofisma o una tautología vacía, entraremos de lleno en el territorio noC. Lo primero que sentiremos al hacerlo es la conciencia de algo que pocas veces experimentamos de manera completa.

A la entrada del territorio noC veremos un letrero en que podremos leer el Segundo Principio:

Sólo dejamos de ser libres cuando escogemos no serlo.

Aunque se trate de un enunciado que casi todos calificarán de falaz y de absurdo, porque la idea más aceptada es que somos muy poco o nada libres, no trataré de defenderlo. Ustedes son libres de considerarlo en serio o no.

De los dos principios iniciales se deduce el tercero:

La libertad es la conciencia de que nada es necesario.

A los lectores que hayan leído a Hegel, quien afirma más o menos todo lo contrario, pero que tiene el mérito de haberlo enunciado:

“La libertad es la conciencia de la necesidad” puedo decirles que no es

necesario que lo acepten. Ni el nuestro ni el de Hegel.

3.

Con estos tres principios -no hacen falta más- podemos construir con absoluta libertad, sin ninguna garantía y a plena conciencia un método distinto al que usamos normalmente, que podemos llamar método no científico, o método creativo o simplemente noC.

¿Hasta dónde un pensamiento como éste puede llamarse método? Esta pregunta no tiene mucho sentido en este territorio, porque una de las infinitas respuestas posibles es: hasta donde a ustedes les plazca. Sólo dejarán de ser libres de considerarlo en uno u otro sentido cuando lo decidan.

Hay un cuarto principio que no es preciso utilizar como tal porque está implícito en los anteriores, y es:

Los principios pueden desmentirse, eliminarse, abolirse o simplemente olvidarse en cualquier momento.

De hecho, el principio de algo es siempre un punto de partida y no se verifica ningún

recorrido, ningún avance, si uno permanece en el principio.

La quinta consideración, que también puede entenderse como primera de una serie infinita es:

Nada es repetible.

Veamos cómo se aplica nuestro método, o no-método o cuasi-método en un mundo regido por el pensamiento de lo predecible, de lo garantizable y de lo necesario.

4.

Tomen cualquier frase hecha, cualquier “verdad” incontrovertible, cualquier convicción firme y definitiva. Obsérvenla desde el territorio noC.

Comiencen con afirmaciones banales, que no encierren contenidos emocionales fuertes, como las relacionadas con afectos, creencias religiosas, etc.

Por ejemplo: Soy muy malo dibujando.

Esta aseveración está compuesta de varias sub-aseveraciones que dimos un día por ciertas y que nunca más revisamos.

Algunas de ellas pueden ser:

- Era el que peor dibujaba en el colegio.
- Cuando dibujo, generalmente se ríen de

lo que hago

- Soy torpe con las manos.

Sería largo detenerse en cada una, pero es seguro que ninguna soporta un análisis profundo. Basta con sugerir alternativas como que seguramente había quién dibujara peor, que los que se ríen tampoco dibujan bien, que la torpeza atribuida no toma en cuenta la habilidad para la mecánica u otro trabajo manual (he oído el mismo comentario en la boca de un cirujano) etc.

Pero todas las sub-aseveraciones tienen en común que se presentan como verdades comprobables. Como tales, garantizan, nos eximen de ser libres y nos permiten acudir a criterios de necesidad.

La conclusión es, generalmente, que no se necesita saber dibujar para vivir. Llevando esa proposición a sus últimas consecuencias, hay muy pocas cosas que sean realmente necesarias para vivir. Con ese criterio, podemos afirmar que debimos permanecer en las cavernas en lugar de probar suerte fuera de ellas. Van Gogh, como muchos artistas, alimentó durante mucho tiempo pensamientos de necesidad, seguridad y esclavitud. También pensaba que era un

pésimo dibujante. Hasta que un día escogió ser libre y se convirtió, casi de inmediato, en lo que realmente era.

He utilizado el ejemplo del dibujo porque se trata de una manera fácil, al alcance de todos, de entrar en contacto con el pensamiento creativo, que es por definición no-científico. Los niños dibujan con placer y libertad hasta que aprenden que hay una manera en que debe hacerse. Eso mismo ocurre con la mayor parte de las cosas que dan sentido a la vida.

IV
Egrégor

Al conjunto de las certezas que nos producen seguridad y nos privan de la libertad las llamaremos Egrégor.

La palabra es de etimología complicada y confusa: la utilizaré en su acepción más sencilla: Imagen del Mundo.

La imagen del mundo es la más grande de las imágenes que podemos concebir por lo que a veces la concebimos sin saberlo y en la mayor parte de los casos la compartimos sin conocerla. Los grupos humanos comparten imágenes del mundo que vienen a ser como un idioma invisible a través del cual se comunican de maneras no verbales. La imagen del mundo y el idioma no son lo mismo, pero muchas veces se entrecruzan o se superponen o se confunden. O las tres cosas y muchas más: interactúan.

Pero aisladamente el egrégor contiene al idioma, le da significado. Y da significado e identidad al grupo de los que se comunican a través de él. Las nacionalidades son egregors, como también las profesiones y las

clases sociales y las religiones y las sectas.

Lo que llamamos mundo es en realidad una imagen del mundo, un egrégor. Por eso lo llamamos mundo. No es que no exista independientemente de la imagen que tenemos de él; existe. La prueba es que permanentemente la imagen cambia, se adapta a aquello que se propone reflejar y que nunca refleja completamente.

Un río es un egrégor del río: nunca nos bañamos dos veces en el mismo. Pero lo mismo puede decirse de una calle, de lo que llamamos gente, de lo que llamamos día, tarde, noche...siempre son distintos, pero seguimos llamándolos de la misma manera porque los egrégors son identidades con la realidad que por imposibles terminan identificándose consigo mismas.

Si observamos bien veremos como nuestros semejantes cambian permanentemente y cómo las personas que nos parecían de una manera devienen otras, se tornan "irreconocibles". Por simple inferencia debiéramos pensar que lo mismo nos ocurre a cada uno de nosotros, pero estamos acostumbrados a decirnos y a creernos que somos los mismos hoy que ayer. Si la costumbre es una segunda

naturaleza, nuestra identidad es en realidad una segunda identidad independiente de la realidad, porque en realidad cambiamos continuamente: basta con ver un álbum de fotos o recordar palabras que dijimos o escribimos en épocas pasadas. Somos otros que los que pensamos ser. Y cuando otros nos lo apuntan decidimos que son los otros los que han cambiado.

Cada uno de nosotros es un egrégor. El refrán "Cada cabeza es un mundo" debería darnos qué pensar. Porque "mundo" es algo que sólo ocurre dentro de nuestras cabezas. La realidad cambia en torno nuestro en permanencia pero nuestras cabezas procesan la información a su manera para compensar los cambios y adaptarlos a la idea que tenemos de las cosas, pocas veces ocurre al revés. Cambiamos de idea cuando ya no hay más remedio. Y nuestra mente se la arregla para hacernos creer que lo que hoy pensamos es lo que hemos pensado siempre. Para compensar , otra vez, y reforzar nuestra imagen de identidad.

Yo soy así y siempre he sido así. Por lo tanto seré así siempre: el futuro no es más que una prolongación del pasado a través del presente.

La única manera de salir del egrégor y "ver" la realidad es la comunicación. No la del tipo habitual, que es un egrégor de comunicación, un simple intercambio de signos con valor predeterminado que se cruzan de manera automática e irreflexiva y que no contienen nada real. Comunicarse es abrir las rendijas que dejan las costuras descosidas del egrégor para que entre la luz. Eso es lo que se llama des-cubrir. Cuando se dice que alguien hizo luz sobre un asunto se piensa equivocadamente que se acercó al tema con una linterna. No tenemos luz propia: lo único que podemos hacer para ver es abrir las ventanas.

Y las primeras que conviene abrir son las propias. Para poder dar hay que aprender a recibir. Hay que ver y escuchar a los otros, sentirlos, des-cubrirlos.

Todas estas cosas están resumidas en una palabra que podría ser la única: amar.

Pero la palabra es un egrégor de la palabra. Amar es una acción. La acción (no tiene que ser una acción física) es la

única instancia del ser que descubre al ser. El pensamiento, la percepción y el

sentimiento son instancias que asumen al ser por lo que el ser es y por consiguiente conectan con lo que ya no es .

Porque la cuarta cara de la moneda es el tiempo. El tiempo, del que Einstein decía que es "una ilusión, por persistente que parezca", es el conjunto de manifestaciones y percepciones sucesivas de una moneda y de cualquier otro ser.

Nuestra cultura, obsesionada con las reglas, los reglamentos y las regulaciones, se ha propuesto regularizar el tiempo. Si ya regularizar cosas y pensamientos es tarea ardua pero inútil, como ya hemos visto, regularizar una ilusión solo sirve para convertir la ilusión en regla de todos los comportamientos.

El tiempo es tan irregular como la realidad. ¿Cuánto tiempo toma enamorarse? Son otra vez los objetos, esos tiranos de la llamada "objetividad" los que marcan la pauta de nuestras vidas, porque el tiempo en nuestra cultura es tiempo de las cosas y no de las personas. Es fácil entender lo que es un día, una mañana...el tiempo de la gestación o de la cosecha son la duración más o menos estable de procesos naturales con los que los individuales están en

sintonía: dormir, comer, llegar de un lugar a otro. Es fácil entender las estaciones, las etapas de la vida. Lo que no es fácil de entender ni existe en ninguna parte es eso que llaman las 8:23. Es una convención irritantemente artificial impuesta por necesidades relacionadas con la producción y el trabajo. ¿Producción de qué? De objetos, de cosas, obviamente. Porque una idea, un poema, una composición no están sometidos al tiempo de los cronómetros.

No podemos decir cuántas obras de arte se pueden producir en un mes o en un año, como no podemos decir cuántas veces tendremos ganas de darle un beso a la persona que amamos. Lo individual, nuevamente, pasa a segundo plano y adquiere un tinte de irrealidad...”es meramente subjetivo”. Y es la ilusión de esa entelequia llamada las 8:23 del 13 de septiembre lo que se apodera del primer plano y se proclama” real”. Basta con conocer los husos horarios para saber que tal hora en un lugar es otra cosa en otro, pero los argumentos son inútiles:” la realidad es la realidad.”

Y la cordura (viene de cuerda, como la de los relojes. ¿O será de la de la horca?)

consiste en estar conciente y adaptarse a esa realidad.

El tiempo es la norma que contiene todas las normas. Es la medida abstracta e inhumana con que se calcula todo, la referencia general de la regularidad imposible convertida en ley universal. Nuestro tiempo se hace pasar por El Tiempo, imposible imaginar otro. Pero este tiempo de los relojes es un tiempo particular, arbitrario, ajeno al hombre, a la naturaleza y a la evolución. Su ecuación básica lo delata: Time is money. No es al tiempo como variable universal del continuo materia-energía al que se refieren los horarios de trabajo, es a la constante de la productividad y el lucro.

No pierdas el tiempo, no dicen, como si el tiempo se pudiera acumular, como si pudiéramos hacer con él algo que el tiempo no termine borrando después.

Esclavizados por ese fantasma desde temprana edad, el hombre y la mujer adultos son víctimas de la tiranía de los relojes. No es casual que los lleven en la muñeca, como el distintivo de los esclavos.

De a cuerdo al tiempo abstracto que consumamos para realizar algo ese algo será

clasificado como “normal” o “anormal”, como aceptable o inaceptable, como exitoso o fracasado. Leonardo tardó doce años en concluir su Gioconda y Schubert, como muchos otros artistas, consumió su vida sin jamás terminar su “Sinfonía Inconclusa”. Con la vara invisible del tiempo quieren juzgar la validez de nuestros conocimientos, nuestras creaciones, nuestros placeres y nuestros amores. Hasta hace muy poco un matrimonio que no durara hasta el día de la muerte de los consortes era un fracaso o un pecado. ¿Cuánto debe durar el amor de pareja? ¿Y cuánto debe durar la vida? ¿Es más exitoso el que muere a los noventa y cinco sin haber hecho nunca nada útil o bello que Mozart, que se despidió de este mundo a los 35?

Somos raros.

En nuestro afán de objetividad terminamos considerando a los demás y a nosotros mismos con los mismos parámetros que consideramos a los objetos.

Analizamos nuestra vida como quien observa un diagrama de flujo: Altos y bajos como los de la bolsa de valores sirven para identificar y nombrar lo que llamamos felicidad e infelicidad, alegría o tristeza. Nos

hemos vuelto cosas. Y cuando la poca humanidad que nos resta latente se manifiesta somos inmediatamente tachados de locos, excéntricos o sinvergüenzas.

Pero el tiempo pasa, es lo único que saber hacer, porque todo cambia permanentemente.

Y la norma de esta época que se cree la norma de todas las épocas se va gastando: la realidad la supera y la deja atrás.

“Come gather round people wherever you roam

And admit that the waters around you have grown

And accept it that soon you’ll be drenched to the bone

If your time to you is worth saving

Then you’d better start swimming or you’ll sink like a stone

For the times, they are a changing”

-Bob Dylan

V
Publicidad.

En su sentido más amplio, como conjunto de toda la información que se produce y se divulga con un propósito determinado, la publicidad es la única filosofía de nuestro tiempo. La gente común la llama generalmente propaganda, y tiene razón al hacerlo.

Lo que llamamos noticia se difunde para obtener resultados precisos en términos de audiencia y opinión y es por lo tanto publicidad. Los libros que se publican, la música que se edita, el arte que se exhibe y la investigación científica que se financia cumplen con las normativas establecidas con propósitos comerciales o ideológicos determinados y por consiguiente son también publicidad. ¿Publicidad de qué? De las normativas vigentes en materia de pensamiento, acción, sentimiento y percepción: las normativas del mundo de las normativas.

La publicidad en su sentido restringido, el de la creación, producción y difusión de

anuncios publicitarios, se rige por lo que técnicamente se llama una “estrategia”. En su esquema más elemental la estrategia publicitaria es una fórmula que puede resumirse así: “Convencer al público de que tal producto es mejor porque...”

Ese “porque” (se le llama “reason why”) es el elemento “racional” del mensaje.

Para agregar sabor a la recetase añade lo que se conoce como “promesa básica” que es lo que queremos que el público piense que va a obtener al comprar el producto. “Champú X contiene colágeno activo (elemento racional)...Con él tu cabello quedará suave como la seda” (promesa básica).

Y a esto se añade, para completar la fórmula, el “beneficio final”, que es generalmente de carácter “subjetivo”, es decir que se refiere a una sensación íntima que el comprador obtendrá del producto.

La fórmula completa es: razón + promesa básica + beneficio final.

“ Gracias al colágeno activo... Tu cabello quedará como la seda y serás el centro de atracción de todas las miradas”

Este esquema puede desarrollarse y

variarse de innumerables maneras, pero siempre se tendrá:

Un propósito: convencer o vender

Una razón: real o ficticia

Un beneficio: subjetivo o imaginario.

La esencia de la fórmula se encuentra en esa palabrita que a primera vista pasa desapercibida y que es sin embargo el verbo principal de la oración: “convencer” o “vender”. Convencer es vencer las reservas del otro para que adopte como suya una convicción: para que compre una idea. No es un acto desinteresado ni un simple “dar a conocer” como muchos publicistas y anunciantes alegan. Es una acción deliberada que busca lo mismo que todos los proselitismos -que a un publicista le parecerían odiosos y repulsivos- como los de la religión y la política. La publicidad “catequiza” al espectador y al consumidor y lo “educa” en un esquema de pensamiento, en una ideología, con armas gruesas y sutiles para “inculcarle” una conducta que se presume buena y deseable. El receptor de la imagen carece de armas para defenderse de ese ataque y creerá todo lo que le digan salvo que las evidencias en contra sean demasiado contundentes. Pero la publicidad

se ocupa de que no haya evidencias en contra. Las únicas posibles son las que exhibe la publicidad de un producto competidor con lo que el público sentirá que es “libre” de escoger, Poco importa cuál sea el producto que compre finalmente, habrá comprado siempre la publicidad que lo sostiene, con lo que el propósito habrá sido logrado. Se trata de una catequesis de estilo abierto: se puede ser devoto de cualquier santo con tal de que se admita la religión que los bendice a todos. Esa religión es la publicidad, la forma de “comunicación “en la que mensaje y verdad son equivalentes a pesar de que el mensaje siempre haya sido producido específica y voluntariamente para “convencer” o “vender”.

Por tratarse de la principal forma de comunicación de la sociedad, la publicidad es el ejemplo de cualquier comunicación entre las personas. Las personas se “anuncian” y “venden” sus opiniones, puntos de vista y deseos como si estuvieran haciendo publicidad. Hasta en las cuestiones más íntimas las personas se comunican de esta manera específica en la que el mensaje no es nunca desinteresado: no se trata de compartir o regalar ideas, se

trata de que alguien las compre. En el arte, en la filosofía y hasta en el amor las realidades se miden no por su fuerza o intensidad o verdad propias sino por su "resultado de ventas". Una idea o una creación o un sentimiento que no se "venden" carece de "valor", que es lo mismo que decir que no vale nada y que es mejor que no existiera. Un niño que llora tiene razón para llorar sólo si provoca con su llanto la movilización deseada en su "público": su madre, por ejemplo.

Convencer no es, pues, un acto inocente ni una forma transparente de comunicar: es una manera de imponer un criterio a la fuerza, aunque esa fuerza esté disfrazada con los susurros seductores del canto de sirenas de la publicidad. Poco importa que el llanto del niño sea el resultado de un dolor verdadero: es preciso que sea "convincente".

Desde el jabón de tocador hasta el candidato al cargo público pasando por la acción bélica, todo lo que se difunde y se publica, es decir se hace del conocimiento público, cumple con esta fórmula elemental. Todo lo que sabemos acerca de lo que acontece se genera en nuestros cerebros como producto de la exposición a mensajes

publicitarios. Nuestras “opiniones” son un conjunto de escogencias personales entre un número limitado de “informaciones” que recibimos a través de los medios de comunicación, de igual manera que los víveres que tenemos en nuestra alacena.

Así como no producimos café, azúcar, aceite sino que los adquirimos dentro de la oferta del mercado, tampoco producimos informaciones y por lo tanto nuestros pensamientos son una combinación personal de ideas que hemos “adquirido” entre las disponibles en las estanterías de la cultura, que son las que la publicidad distribuye.

Si estamos a favor o en contra de tal o cual personaje, partido o tendencia lo estamos en base a lo que hemos leído, escuchado o visto acerca del tema. Pero todo lo que leemos, escuchamos y vemos es lo que produce la publicidad.

Su objetivo se cumple del todo cuando, aparte de vender el producto, genera lo que se conoce como “fidelidad de marca”: el consumidor se convierte en comprador de una sola marca por categoría que preferirá sobre cualquier otra y defenderá en cualquier discusión en que se hable de ese

tipo de productos. Sus argumentos serán, obviamente, los que la publicidad le habrá proporcionado.

Lo mismo ocurre con la publicidad de ideas. Y con las ideas sobre la publicidad.

El tema merece desarrollarse con mayor profundidad y puede que lo intentemos en otro texto. A los efectos de este pequeño tratado de anomalías posibles lo que quiero resaltar es que la publicidad muestra un fragmento como si fuera el todo y que con ello hace que todo parezca fragmentario. El 99% de los ordenadores del mercado están construidos con un 99% de partes idénticas, producidas por los mismos o equivalentes fabricantes. Otro tanto ocurre con la ropa, los cigarrillos o cualquier otro producto de consumo masivo. La publicidad debe diferenciar artificialmente lo que vende a través de lo que se llama "imagen de marca" que busca individualizar la mercancía para que parezca única y diferente. Esta diferencia entre lo que las cosas son y parecen es lo que se conoce como "valor agregado", cuyo único valor es el de "emular" los deseos íntimos de la gente para que éstos se "identifiquen" con las cosas que se les venden. La gente quiere libertad,

amor, comunicación, paz... lo que la gente quiere, en resumidas cuentas es algo subjetivo, que no está por consiguiente en ningún objeto visible, tangible, corpóreo y comercializable. Comprar una determinada marca de vaqueros no nos hace más libres ni más rebeldes ni más jóvenes. Sólo “agrega” por un momento la ilusión de serlo, con lo que se pierde la oportunidad de intentar serlo de verdad.

Pero la cosa no termina allí, porque como ya hemos visto la libertad, la rebeldía y la juventud cuya imagen quieren vendernos en “combo” con el producto son conceptos fabricados en serie también, re-presentaciones que usurpan el lugar de la vivencia posible. De esta manera la publicidad no vende otra cosa que no sea ella misma: el objeto de consumo es sólo un accesorio.

La fragmentación resultante produce separación entre las personas. Los compradores de una doctrina-producto se enfrentan a los consumidores de todas las demás. Esto favorece la industria principal real que se oculta tras la principal industria aparente: la guerra.

VI
Guerra

Hay guerras en las que se involucra material y equipo bélico propiamente dicho, que es una de las principales producciones de la sociedad. Estas guerras aparecen y desaparecen según las fluctuaciones del mercado de esos “valores” relacionados a la fabricación de artefactos de muerte, pero hay siempre un número suficiente de ellas para mantener ocupados a los ejércitos formales e informales.

Hay otras guerras, que son las más generalizadas, entre semejantes que pertenecen a la misma tribu, a la misma creencia, a veces incluso a la misma familia. Guerras interiores. La mayor parte de las energías físicas y mentales de los habitantes se destina a mantener vivas estas batallas cotidianas.

Podría hablarse de neurosis colectiva, de un sentimiento universal de insatisfacción que haría necesario encontrar alguna causa de la desdicha y que llevaría invariablemente a ubicarla en alguno o algunos de los miembros de la especie. No

sé si en otras especies ocurre algo parecido.

La insatisfacción es algo que entiendo y que no juzgo. Por el contrario me hace pensar en manifestaciones múltiples de la naturaleza, que parece intentar continuamente ir más allá de si misma hacia formas más elevadas o complejas o eficientes. Me hace pensar en el artista que siempre quiere acercarse más a la perfección. Me hace pensar en la idea general del buscar, que no se sacia nunca hasta que encuentra.

Y me hace preguntarme: ¿Qué buscan los humanos?

Mis encuestas han sido infructuosas: no hay dos personas que digan buscar lo mismo. La mayoría cree o dice buscar entelequias como riqueza, poder, placer...generalmente sus esfuerzos se dirigen a buscar objetivos más inmediatos y cercanos. Uno busca un mejor empleo, otro busca pareja y otro quiere hacer dinero a toda costa. Paseándose por los lugares de encuentro reales y virtuales llama la atención que la casi totalidad de los intercambios de ideas giran en torno a un número limitado de estas búsquedas básicas,

que podríamos llamar naturales o biológicas y que serían equivalentes a las de condiciones mínimas de supervivencia en otras especies: alimento, guarida, copulación...Esto, desde luego, no basta para entender esa insatisfacción generalizada de la que hablo. Los pájaros o los caballos salvajes luchan duramente por sobrevivir y no siempre lo logran pero rara vez transforman su insatisfacción en agresión hacia sus semejantes. Ingenuamente se puede pensar que por falta de predadores más fuertes que ellos los humanos han tenido que convertirse en predadores de si mismos, como si repitieran inconsciente y artificialmente un atavismo animal asociado con la idea general de vida y de naturaleza.

Casi todos los humanos que cobran conciencia y nombran la insatisfacción la atribuyen a otros humanos. La causa estaría en una clase social, una religión, una nación...su explicación no sirve para resolver, o al menos entender la guerra, sino para justificarla.

En otros casos la culpa recae en la vida: la misma fuerza gracias a la cual la especie goza del ser sería origen del malestar y la insatisfacción. Yendo más lejos algunos

imaginan una vocación de infelicidad de carácter universal que abarca al ser entero, una suerte de preponderancia metafísica de la muerte sobre la vida y de la “nada” sobre el ser. Pocos reconocen que la muerte y la nada son conceptos sobre los que nada podemos decir porque nadie con vida los ha experimentado en carne propia.

Muchos atribuyen todas las desgracias a lo que llaman “sociedad” o “sistema”. Tales abstracciones lingüísticas tendrían un poder omnímodo sobre los individuos que las conforman: algo así como si el “conjunto “ de los números naturales ejerciera sobre éstos una tiranía despótica y cruel en la cual los pobres números perderían casi por completo su condición de naturales y no tuvieran más remedio que optar por rebelarse y convertirse en artificiales.

Porque es en la más sencilla de las relaciones, entre padres e hijos, entre hombre y mujer, entre hermanos y entre amigos donde la agresión se manifiesta como la principal actividad de los seres humanos.

Esta situación o condición hace que los miembros de la especie vivan permanentemente en estado de alerta ante la

amenaza de una agresión por parte de sus semejantes. Para manejar ese sentimiento, que no encuentro mejor manera de llamar que miedo, se arman de toda clase de protecciones reales y conceptuales. A las llaves, candados, rejas y alarmas de que están provistas sus casas corresponden en su mente otros tantos mecanismos de "seguridad" con los que creen ponerse a resguardo de agresiones, invasiones, robos y violaciones mentales y emocionales.

De esta manera los seres humanos viven en un casi total y permanente aislamiento. Esta condición, como se ha demostrado clínicamente en reclusos de diversas clases, produce neurosis cercanas a la paranoia y estados sicóticos aún más graves.

Lo que no hace, como los lectores imaginarán, más que producir nuevas agresiones que generan otras y así sucesivamente.

VII
Babel

Babel caerá, porque la gente no puede vivir sin comunicarse. En la fase actual nuestra tendencia es la de encerrarnos en nuestro propio idioma, recurrir al diálogo con nosotros mismos. “El que habla solo espera hablar con Dios un día” (Machado) Escuchamos nuestras voces íntimas, leemos nuestros autores predilectos, buscamos refugio en lo que nos resulta familiar, lo que nos define, aquello con lo que nos identificamos.

Enfrascados en el minuto presente, rodeados de nuestros pequeños tesoros y nuestros pequeños recuerdos afirmamos y negamos a la vez la necesidad de la palabra. Estamos ajustando, revisando y puliendo nuestra gramática, nuestro diccionario. Una gramática y un diccionario dan a las lenguas categoría de idioma, pero una lengua que no se habla y que no genera literatura es una lengua muerta.

Para intercambiar con otros somos permanentes traductores de nosotros

mismos. A veces encontramos personas con las que parece que nos entendemos. Pero no pasa mucho tiempo antes de que descubramos que las similitudes de nuestros idiomas son más escasas que las diferencias. Hablan dialectos de nuestra lengua, que muchas veces nos resultan incomprensibles.

¿No son suficientes estas señales para que concluyamos que nuestra lengua es sólo una entre millones? ¿Y no basta esta conclusión para llevarnos a la otra de que hace falta un idioma universal?

La posibilidad es inquietante, porque un idioma universal desvalorizaría completamente nuestra peculiar jerga personal, desdibujaría nuestra identidad, nos convertiría en meras excepciones de una regla ajena a nosotros. Soñamos entonces con un idioma universal cuyas raíces sean las mismas que las del nuestro, para que podamos hablarlo con propiedad y no seamos percibidos como extranjeros, como inmigrantes venidos de tierras lejanas que nadie conoce.

Inventamos idiomas imaginarios que serían aceptados por todos y creamos doctrinas, sectas, teorías y escuelas que intentan universalizar, es decir imponer, una

forma de ser y de comunicarse válida para todos, pero sobre todo para nosotros mismos.

Que yo sepa, sólo hemos logrado imponer uno: el dinero.

Una vez probamos con el amor, pero no nos fue bien. En el amor cada quien acuña su propia moneda y el intercambio se hace difícil, a veces imposible.

Nos quedamos entonces con el dinero para los demás y con el amor para nosotros y para unos pocos parecidos a nosotros.

Esos pocos son cada día menos; nos vamos quedando solos.

Tal vez hayamos confundido los términos entre la palabra y el dinero.

VIII
Reaprender a Amar

‘Lo que el Amor obra diariamente, a escala reducida, en la pareja, en el equipo, a nuestro alrededor, ¡¿Por qué no había de repetirlo en las dimensiones de la Tierra?! “

Pierre Teilhard de Chardin. El Fenómeno Humano.

El amor es un arte en el que todos somos, por fuerza, autodidactas. Nuestra única escuela es la experiencia individual: somos amados y amamos desde que nacemos y vamos aprendiendo de los que tenemos cerca. Aprendemos técnicas y estilos propios del entorno familiar y social al que pertenecemos y vamos creando una manera nuestra de hacerlo que muchas veces resulta diferente y contraria a las de otros. Defendemos nuestra manera de amar y pretendemos, incluso, imponerla a los demás. Cuando no lo logramos concluimos que son los otros quienes no saben amar y terminamos por creer que el amor sólo puede practicarse entre los pocos miembros de nuestra peculiar escuela, que sería la más

cercana a lo que en verdad es el amor. Pronto descubrimos que incluso con aquellos con quienes compartimos conceptos e ideas sobre el verdadero amor, amar es difícil y a veces imposible. Nos vamos quedando solos y terminamos por creer que el único amor real es el amor a Dios.

Pero "el que dice que ama a Dios, a quien no ve y no ama a su hermano, a quien sí ve, es un mentiroso". 1. Juan 4:20

Hay que reaprender a amar.

Y si aceptamos la premisa debemos aceptar también que no podemos seguir paseándonos por el mundo como maestros de ese arte sagrado y sublime sino como aprendices dispuestos a olvidar todo lo que una vez creyeron saber: somos todos autodidactas.

IX
El Mapa de los Sentimientos

Estamos acostumbrados a usar mapas gráficos que representan una realidad geográfica; esto es, nos muestran una imagen codificada que coincide en cierta manera con aquello que describen. Este coincidir es válido dentro del código que les sirve de marco, porque sabemos que una hoja de papel no se parece en nada a una ciudad o a un país: el mapa es un conjunto de signos que hace falta saber leer para entender aquello que nos dice acerca de la realidad que refleja, de igual modo que hace falta saber leer la palabra “árbol” para entender que se refiere a la idea de eso a lo que le damos el nombre.

No nos extraña, por esa razón, que los mapas nunca sean una representación exacta de lo que describen. El mapa exacto debería ser, como sugiere Borges, idéntico al territorio.

En otro tipo de mapas, como los de las teorías que hacemos acerca de lo real y su comportamiento en la física, la química, la psicología, etc., tampoco adjudicamos a la

teoría una exactitud absoluta. Si la realidad no se comporta como la teoría dice, revisamos la teoría o la descartamos.

Pero hacemos también mapas sentimentales de la vida.

Re-presentamos a las personas, las situaciones y los lugares con códigos emocionales de acuerdo a la experiencia de lo que hemos vivido. Como el cartógrafo que dibuja con cuidado la forma de la costa de un territorio nosotros dibujamos con sentimientos de agrado, desagrado, amor, odio, placer y dolor los recuerdos referidos a casi todas las cosas y personas y nos hacemos una cartografía personal en la que calificamos al mundo. Tal persona es agradable y tal otra repulsiva, este lugar nos gusta y aquel nos produce miedo. En este mapa, a diferencia de los otros, la representación reemplaza a la realidad hasta el punto de hacernos olvidar que es sólo una re-presentación.

El mapa de carreteras, por ejemplo, tiene vigencia mientras no se construyan nuevas vías. Un mapa de diez años atrás no nos sirve la mayor parte de las veces para transitar por un país.

En el mapa de los sentimientos, en

cambio, las variantes que el tiempo ha producido parecen ser irrelevantes. Si una vez dijimos que tal cosa, persona o lugar es fea, poco parece importarnos que la cosa en cuestión siga existiendo y que —por fuerza— haya cambiado. O que —por fuerza también— hayamos cambiado nosotros y nuestra manera de sentir. Seguiremos relacionándonos con ella de acuerdo al mapa que hicimos una vez y seremos incapaces de ver la nueva realidad o, al menos, observarla.

Estas son reflexiones al vuelo sin pretensión de exactitud ni de certeza. Mi tarea no es la del cartógrafo, apenas soy un viajero curioso.

Llamo solamente la atención sobre esta modalidad de comportamiento que he observado en mí y en muchos semejantes. Somos capaces de desechar imágenes mentales y sensoriales para reemplazarlas por otras nuevas más acordes con la realidad del día, pero nos aferramos, nos "pegamos" a imágenes sentimentales vencidas por el tiempo, pasadas de moda y obsoletas como si en ello nos fuera la vida. Y muchas veces nos va la vida, porque perdemos la ocasión de vivir experiencias al considerarlas a priori

inútiles o poco placenteras por tomar al pie de la letra el mapa que una vez hicimos de ellas.

Mientras la realidad cambia nosotros seguimos repitiendo el recorrido por las calles de nuestra carta antigua que no se parece ya a nada que exista. Como el guerrero que sigue haciendo guardia en la muralla en la espera del enemigo cuando la guerra terminó hace ya mucho tiempo.

Verá levantarse frente a él una ciudad nueva con parques y escuelas y centros comerciales y pensará que se trata de edificaciones de defensa ante el inminente ataque o muestras de la tan temida invasión que ya no es posible contener.

Mapas sentimentales usamos para hablar, pensar y sentir acerca de personas que una vez amamos y que un día decidimos no amar "nunca" más.

"La gente no cambia" decimos con amargura. Una amargura inútil y absurda en la medida en que todo está cambiando sin cesar alrededor nuestro y dentro de nosotros. Lo único que no cambia es nuestro descolorido mapa sentimental que podríamos haber tirado mucho atrás a la basura si no fuera por la dolorosa costumbre

de apegarnos a imágenes de la vida que nos impiden vivir.

X
Solo de Flauta

“Cuando yo uso una palabra, dijo Humpty Dumpty en tono desdeñoso, significa únicamente lo que yo decido que signifique, ni más ni menos”

“La pregunta es, dijo Alicia, si tu puedes lograr que una palabra signifique tantas cosas diferentes”

“La pregunta es, dijo Humpty Dumpty, quien es el que manda, eso es todo”. Lewis Carroll, A través del espejo.

En mi experiencia de introspección he visto a veces mi alma como una orquesta compuesta de diferentes instrumentistas, cada cual con su peculiar voz, tono y modo de “interpretar” la melodía. He reconocido que todos tenemos una orquesta similar...varían el repertorio, el estilo, etc. Pero lo que más me diferencia de mis semejantes, y en eso es en lo que me parezco a ellos (esto me lo enseñó una niña, mi hijita Camille) es que en cada orquesta el director es uno distinto. Para algunos “manda” el ritmo, y por lo tanto los percusionistas y en

otros, por ejemplo, la melodía, y por consiguiente la última palabra la tiene el violinista. Frente a la misma situación, cada quien establece prioridades de acuerdo a ese instrumento "dominante" en su vida. He visto también que en algunos el "poder" es compartido simultánea o sucesivamente. He creído ver que en los hombres y mujeres sabios el que "manda" no es ninguno de los músicos, sino un verdadero "director" , lo que hace que la orquesta suene armónicamente y pueda interpretar toda clase de música del más variado repertorio.

¿Sirve esta reflexión para algo?

Eso lo decidirá el que manda - diría Humpty Dumpty.

XI
Pájaros

Era un pájaro que trabajaba en una fábrica de jaulas.

El dueño de la fábrica era un dinosaurio, obviamente.

Pájaros y dinosaurios son parientes, pero no se llevan muy bien. Para los últimos, las aves son una rama inútil de la familia, un defecto del árbol genealógico que quisieran borrar a toda costa.

Para las primeras, los reptiles en general son un antecedente vergonzoso.

Pero están emparentados, como he dicho. Muchos saurios quisieran volar, y no pocas aves desearían garras monumentales y mandíbulas poderosas para imponer su voluntad y sentirse importantes. Porque ¿Qué importancia tiene un pájaro? Muchos los envidian, pero pocos les prestan atención. Cuando su color o su canto los hacen deseables, se los enjaula, con lo que se demuestra el desprecio que el arte de volar produce.

Es más, casi nadie piensa que volar sea un arte. La opinión general es que se trata de un

don, de una circunstancia, de un azar en el proceso evolutivo.

Dominada la técnica de la aerodinámica se construyeron pájaros de hierro, que son como jaulas volantes. Ventanillas diminutas, asientos estrechos. Todo lo necesario para que los pasajeros se percaten lo menos posible de que están volando. Al llegar al aeropuerto, escaleras, pasajes, túneles que recuerdan la caverna para aliviar la desazón que el cielo produce.

Volviendo a nuestra historia, el problema comenzó cuando llegó la noticia de que los dinosaurios se extinguirían irremediablemente.

El sindicato de aves convocó a una huelga. No se construirían más jaulas, la mano de obra se emplearía en fabricar sarcófagos monumentales. Los dueños reaccionaron con violencia, en eso seguían siendo los mejores. Se produjo una masacre de pájaros de grandes proporciones.

Los que sobrevivieron se refugiaron en las montañas. El ala extrema del movimiento se entrenó para el contraataque. Se formaron varios grupos: halcones, lechuzas, gavilanes, cóndores. Las águilas calvas se autoproclamaron líderes.

El pájaro del que hablaba, el protagonista de esta fábula, se entusiasmó con los discursos incendiarios de los rebeldes. Era un pájaro cantor, y decidió que su destino sería el de cantar la revolución que estaba cambiando la historia del mundo. Pero las rapaces no creían en canciones, sino en gritos de guerra. Pronto lo excluyeron de los cónclaves. Tuvo que retirarse a los bosques, donde encontró pareja e hizo nido.

A raíz de la rebelión, los dinosaurios cambiaron, lentamente como es propio de ellos, su actitud. Pasados los primeros enfrentamientos cruentos, su política fue la de relativizar lo sucedido, adoptar formas de conducta liberales, propugnar la concordia entre aves y reptiles y hacer ver que el asunto de la extinción no era más que una falsa alarma, un delirio utópico y nada más.

Durante un tiempo las cosas retornaron a la normalidad. La fábrica de jaulas reinició sus labores con nuevos criterios de producción y con relaciones laborales más flexibles. El catálogo de modelos cambió radicalmente. Se pusieron de moda las jaulas sin puerta, con barrotes de diseño novedoso e interior confortable.

Nuestra ave empleó su talento para

componer melodías que se usaron para impulsar las ventas, con mucho éxito.

La mayor parte de los pájaros había abandonado la rebelión. La convivencia con los dinosaurios era conveniente para ambas especies.

Los tiempos de la discriminación habían quedado atrás. Las costumbres de los saurios, después de todo, no eran tan malas como parecían. Las nuevas jaulas resultaban más gratas que las ramas de los árboles.

Mientras tanto, el proceso de extinción continuaba, lenta e inevitablemente.

No había suficiente alimento. Proliferaron los conflictos territoriales y pronto comenzaron a devorarse unos a otros. A medida que se entregaban más a la guerra iban perdiendo el control de la sociedad. Los servicios fallaban, la criminalidad aumentaba, el hambre crecía exponencialmente.Los pájaros volvieron al ataque.

Al principio retomaron las viejas consignas, en las que hacía mucho ya nadie creía. Fueron tildados de retrógrados y de trasnochados. Se dividieron en dos grandes bandos. En uno, los llamados extincionistas, que proclamaban el apocalipsis inmediato.

En el otro, los permanentistas, quienes sostenían que el modelo existente se impondría y se mantendría en el planeta entero.

De hecho, ese modelo se había ya impuesto y mantenido en todo el mundo por varios siglos, pero se caía a pedazos. Por otra parte, la extinción violenta podía acabar con la vida de todas las especies.

Con este telón de fondo, nuestro pájaro decidió retirarse a meditar. Abandonó su empleo y su jaula, y regresó al bosquecillo que le había servido de refugio una vez, en la falda de la montaña.

Poco a poco, recuperó sus hábitos de ave solitaria.

“Las condiciones del pájaro solitario son cinco. La primera, que se va a lo más alto; la segunda, que no sufre compañía aunque sea de su naturaleza; la tercera, que pone el pico al aire; la cuarta que no tiene determinado color; la quinta que canta suavemente.” *

Pero el nuestro, era un pájaro ambiguo.

Todas las aves son delicadas y aprehensivas. Eso es lo que las hace diferentes de los dinosaurios. Y como la nuestra lo sabía, decidió protegerse ante la hecatombe que se anunciaba. Si los

dinosaurios estaban destinados a desaparecer, era preciso que las aves sobrevivieran.

Pero ¿Cómo? Sólo los solitarios como él conocían el secreto. Los demás, adheridos a uno y a otro bando, perecerían en la batalla. ¿Habría otros que lo supieran, que pensaran como él, que se prepararan con lucidez para el desastre? Cuántos era la pregunta equivocada. Una especie puede inundar el planeta a partir de unos pocos ejemplares, si estos son suficientemente aptos. ¿Y qué significa apto? En este caso, pensó, no podía significar otra cosa que consciente.

La pregunta correcta era cómo localizar a los otros, o hacerse localizable para ellos. Paradójicamente, esta vez el canto no sería suficiente. ¿O sí? El problema era que ya ninguna manera de cantar podía distinguirse realmente de las otras. Las notas y sus combinaciones estaban agotadas. Era preciso encontrar nuevos sonidos. No más fuertes; más débiles, quizás, más sutiles.

Para esa época, el canto de los pájaros (nuestro protagonista no tenía forma de saberlo) se parecía a lo que hoy llamamos graznido. Todo el esfuerzo en el arte de cantar estaba dirigido a producir sonidos

intensos y notorios, que fuesen capaces de llegar lo más lejos posible. Era, tal vez, la necesidad de hacerse oír en un mundo donde el rugido del dinosaurio lo dominaba todo. Lo ensordecedor había hecho sordos incluso a los músicos.

Pasó años en silencio, buscando un lenguaje nuevo, hecho de frases mínimas, apenas audibles. Parecido a lo que hoy conocemos por piar.

Conoció a otros pájaros que también hablaban bajito. Eran pocos, pero su bosque no era muy grande. Cabía pensar que un pequeño grupo como ese podría estar formándose en cada bosque.

Y había muchos bosques.

(*) San Juan de la Cruz

XII
Utopía

Decían los tratados y contaban las leyendas que aquel mar era el más peligroso y engañoso de cuantos había en la faz del planeta. Numerosas eran las historias de buques desaparecidos y de expediciones de rescate que habían sufrido la misma suerte de la que pretendieron librar a los náufragos: nadie había vuelto con vida.

Pero él había decidido surcarlo; era la única manera de llegar a las costas de Utopía, la isla bienaventurada donde una humanidad nueva construía en paz sus días y los niños se ejercitaban en el arte de volar.

Cuando se acercaba al estrecho por el que era inevitable pasar para entrar de lleno en el mar maldito, como muchos lo llamaban, una fuerte tormenta eléctrica se desató.

La tripulación, predispuesta ya, vio en la tempestad un augurio nefasto. Alguien contó que en el contorno de una nube delineada por el resplandor del rayo, se había dibujado la boca abierta de un enorme tiburón celestial. Otro oyó, mientras achicaba en la bodega, voces ensordecedoras que gritaban

“Volved” “Regresad” “No sigáis adelante”.

En un breve sueño que el capitán tuvo cuando cabeceó por un momento vencido por la fatiga de tres días sin dormir, porque no despejó hasta la mañana del cuarto, una mujer surgía del mar y se acercaba a él para decirle algo al oído. Cuando despertó había olvidado las palabras pero recordaba vivamente los ojos profundos en los que parecían reflejarse las estrellas.

Entraron en aguas del mar tempestuoso hacia el mediodía: el tiempo era bueno y el viento también.

Lo único que se sabe sobre el resto del viaje es lo que puede deducirse de un documento que dice ser trascripción de un mensaje escrito en papel con el sello personal del capitán que fue encontrado dentro de una botella en las costas del sur, tres años después. Dice así:

“Llegamos a Utopía a los siete días de trayecto sin haber encontrado marejada ni peligro alguno para la navegación. Fuimos recibidos con gran alborozo por los pobladores. Escribo esto con la esperanza de que algún día llegue a manos de alguien que pueda asentar mi testimonio en los registros convenientes ya que tanto yo como el resto

de los tripulantes hemos decidido quedarnos y no regresar jamás.

Según me dijo un viejo marino residenciado en la isla, todas las historias que circulan por el mundo acerca de las amenazas de este mar y las catástrofes ocurridas en él, así como los reportes sobre la vida y costumbres de los habitantes de Utopía fueron escritos por gentes que jamás se atrevieron a continuar más allá del estrecho.”

XIII
Ilusos

Un grupo numeroso de ilusos llegó a la casa de Ilusión y tocó a su puerta.

-¿Qué queréis de mí? Preguntó Ilusión.

- Un iluso se adelantó y dijo: -Ábrenos. Queremos hablar contigo. Eres la causa de nuestros males.

La puerta se abrió y todos fueron entrando, con gesto agresivo unos, con fingido aplomo o despreocupación otros, pero todos llenos de miedo.

Allí estaba Ilusión, finalmente atrapada, que se hallaba recostada provocadoramente en un bello y mullido sofá. Vestía una larga bata hecha de velos tenues y superpuestos que sugería sin dejar ver las hermosas formas de su cuerpo.

- Sentaos- dijo Ilusión. Estáis en vuestra casa.

Los ilusos se mantuvieron de pie, sin atreverse a nada. El que había hablado primero tomó nuevamente la palabra y dijo:

- Hemos venido a desenmascararte. Revélanos quién eres en verdad y por qué nos torturas con tus engaños.

Ilusión soltó una carcajada que retumbó en el espacio de techos altos y paredes ricamente adornadas con pinturas de todas las épocas.

- Veamos- dijo la aludida llevándose a los labios un cigarrillo que extrajo de una pitillera de oro y piedras preciosas que un gentil sirviente encendió:

- Sois unos ilusos muy sagaces. Habéis llegado a la conclusión ¡Cómo aborrezco esa palabra! de que si sois ilusos yo soy la responsable ¿Es eso?

- ¡Sí! Gritaron a coro todos.

- Bien. Ahora anotad esto –dijo haciendo con la mano un gesto imperativo. Uno de los ilusos, provisto de papel y lápiz se preparó enseguida a tomar nota de lo que Ilusión diría. Era profesor de filosofía en la Universidad de Ilusión. No lo habíamos dicho, pero aquella comarca llevaba el nombre de Ilusión porque Ilusión ejercía en ella un poder hegemónico.

- Los que combaten la ilusión- dijo Ilusión- son ilusos porque su combate es ilusorio: pelean contra algo que no existe: se parecen a Quijotes desafiando en duelo a los molinos de viento.

Lo mismo puede decirse de todos los demás. Unos intentan explicarme, otros hacer conmigo tratos y acuerdos, hay quienes pretenden desnudarme...no sé realmente con qué propósitos –La ilusión cruzó las piernas con un gesto seductor.

- Tú ¿Qué me miras? – preguntó clavando la mirada en uno que estaba en segunda fila mirándola embobado, como todos los demás.

- ¿Yo?...Yo soy científico.

- ¡Ah! –Dijo Ilusión poniendo de pronto una expresión fingidamente seria. Tú buscas deshacer a los ilusos de sus ilusiones para que vean la realidad ¿No?

- Algo así...

- Por eso estás aquí, rodeado de ilusos y viviendo en la tierra de Ilusión; eres un iluso más. ¿Quieres ver la realidad tal como es?

- Es mi más profundo anhelo –respondió el científico bajando la vista.

- ¿Alguien me llamó?

Una hermosa joven idéntica en todo a Ilusión había hecho su entrada en la sala.

- Os presento a mi hermana gemela Realidad – dijo Ilusión.- Ven a sentarte conmigo, hermanita, estos caballeros y estas damas han venido a hacernos una entrevista.

Puede que salgamos en televisión.

- Que sea en el noticiero – dijo Realidad. Detesto las películas de Hollywood.

- Esas son mis favoritas – rió Ilusión- pero no os preocupéis, nuestra casa tiene televisores en todas partes.

- ¿Quiere decir...? –comenzó a formular el científico.

- Quiere decir –respondió Realidad- que no me encontrarás jamás hasta que no descifres nuestro parentesco.- Al decir esto Realidad dirigió una mirada amorosa a su hermana; está agregó:

- Pero descifrar una ilusión es tarea de ilusos, porque la Ilusión es algo carente de Realidad y por tanto todo intento de descifrarla es un intento ilusorio.

- ¡Basta! - dijo alguien adelantándose desde el fondo de la multitud. – La realidad es una cosa y la ilusión otra. Tú intentas seguir engañándonos eternamente, pero no lo lograrás.

- ¡Eso! ¡Bravo! gritaron todos.

- ¿Y tú quién eres, que estás tan convencido de lo que dices?

–Preguntaron las gemelas a coro.

- Soy un Hombre Práctico.

- ¿¡En serio!? ¿Y qué practicas, si puede saberse?

- Práctico...hago...lo que todo el mundo. Tengo una familia, trabajo, hago deporte...

-¿Para qué o para quién trabajas?- preguntó Realidad.

- Soy banquero- respondió el Hombre Práctico.

Las dos hermanas sufrieron un ataque de risa tan intenso que la mayor parte de los ilusos se puso también a reír, sin saber por qué.

Cuando se hubieron calmado, el Hombre Práctico, con gesto enfadado preguntó:

- ¿Que es lo que les parece tan gracioso? Me gustaría entender la broma para reír también yo...

- Discúlpanos – dijo Realidad- es un chiste de familia. Resulta que Dinero y Riqueza son parientes nuestros y cuando vienen a visitarnos...

No pudo concluir, porque Ilusión había empezado a reír de nuevo y pronto Realidad se contagió y todos sufrieron un nuevo ataque de hilaridad.

Dos sirvientes entraron y esperaron a que las risas cesaran.

Uno de ellos dijo:

-La merienda está servida, Señoría.

- Gracias – replicó Ilusión.

-Pasad por aquí – agregó Realidad señalando a todos las puertas vidrieras que conducían al jardín.

Una gran mesa vestida elegantemente sobre el césped recién cortado que cubría la leve colina que llegaba hasta un lago plácido y azul los esperaba. Se sentaron, con Realidad e Ilusión en cada uno de los extremos de la mesa. Dos puestos quedaron vacíos, al lado de cada una de las anfitrionas.

Después de que hubieron comido y platicado abundantemente, las hermanas tomaron la palabra y dijeron, alternándose, como si se tratara de una actuación ensayada:

- Ilusión y realidad son dos nombres que ponéis a la misma cosa.

- Por eso veis un puesto vacío en la mesa, para alguien que no vendrá...

- Porque no lo hemos invitado.

Todos fijaron la mirada en el puesto vacío.

-Es el Miedo.

-Es él quien os ha impulsado a crear ilusiones de todo tipo: seguridad, poder,

riqueza...

- Y es él también quien os urge a encontrar realidades que os pongan a resguardo de las ilusiones creadas por él mismo. Esas realidades son ilusiones también.

- Sabiduría, santidad, perfección...

Entre los ilusos había un niño pequeño, que prestaba gran atención a lo que las hermanas decían. Levantó la mano. Realidad le cedió la palabra.

- Pero hay otro puesto vacío... ¿Para quién es?

Las gemelas se miraron sonriendo y aplaudieron al niño.

- Ese puesto está reservado a nuestro invitado de honor.

- ¿Y cómo se llama? Preguntó el niño

- En realidad...-comenzó una

- Casi todos piensan que es una ilusión – siguió la otra.

- Pero no es una cosa ni la otra – concluyeron a coro. El nombre más común con el que se lo conoce – y recuerda que el nombre y el ser son distintos- es Amor. Muchos lo representan como un niño parecido a ti.

- También lo llaman deseo, y placer, y

vida y naturaleza, y de mil maneras más.

-¿Y por qué no ha venido? Preguntó el niño.

- Porque no acude a ninguna reunión donde el Miedo esté presente.

-Pero el miedo no ha venido tampoco...replicó el niño apuntando a la silla vacía.

-¿Estás seguro? Mira bien a los asistentes. Han venido aquí por miedo. Miedo a la Ilusión o miedo a la Realidad, da lo mismo: es el Miedo quien los envió.

Mientras haya miedo en sus corazones nuestro amigo Eros no se presentará.

- ¡Yo no tengo miedo! Gritó el niño.

Una intensa ráfaga de viento acompañada por extrañas luces de colores y sonidos melodiosos envolvió a todos los presentes. Volaron por los aires el mantel, los platos y todo lo que había sobre la mesa. La casa de Ilusión y realidad empezó a temblar como un espejismo y finalmente se esfumó, como sus dueñas.

Se encontraron todos mirándose unos a otros e intentando descubrir qué era lo que había pasado.

De manera mecánica fueron haciendo un círculo en torno al niño, que reía sin parar,

mirando hacia el lago.

-¿De qué ríes? Preguntó alguien.

- De vosotros – respondió el niño.

- ¿Y qué es lo que te da tanta risa de nosotros?

- Que sois unos niños como yo, a pesar de que pasáis el día entero con el ceño fruncido ocupándoos de cosas que llamáis importantes. Hoy me he dado cuenta de que hacéis lo mismo que yo con mis amiguitos cuando jugamos a ser...tal o cuál héroe de los libros o de las tiras cómicas. La única diferencia es que vosotros no sabéis disfrutar del juego. Pero no os preocupéis, os amo igual. Imagino que un día seré como vosotros y espero que ese día, en que esto que ha ocurrido aquí se me antojará una fantasía infantil, otro niño como el que soy ahora aparezca y me lo recuerde.

Dicho esto el niño se desmaterializó ante la vista de todos. Durante un rato se oyeron las risas inconfundibles de Ilusión y Realidad que venían desde el lago...después se hizo silencio y todo fue como antes.

XIV
Póker

En el póker, como en la mayor parte de los juegos donde el azar interviene, hay tres elementos básicos. Mis cartas, las cartas del adversario y la apuesta. El resultado del juego depende casi siempre más de la apuesta que de las cartas. Puedo ganar mucho con una mano mala y poco con una buena. Puedo perder mucho con una muy buena mano...

Lo que apostamos es lo que arriesgamos. En términos vitales apostamos nuestro tiempo. Algunos creen que por apostar con mesura o no apostar en absoluto pierden menos tiempo, conservan el tiempo o no lo gastan, pero la vida está provista de un taxímetro implacable que no se detiene hasta que no nos deja en el lugar de destino.

El juego, por lo demás, varía constantemente. Nos hacemos una idea falsa cuando pensamos que tenemos ganada o perdida una partida y muchas veces la perdemos por dar más crédito a la idea que a lo que realmente sucede. Cuando emprendemos un camino hacia un objetivo preciso el camino desaparece, es

reemplazado por nuestra idea, nuestra expectativa, nuestras ganas de llegar al objetivo. No vemos lo que ocurre mientras andamos de tanto que pensamos en lo que nos falta por andar para llegar al lugar que hemos escogido como destinación. ¿Y después? Toda llegada es también el comienzo de un nuevo viaje. ¿Volveremos a enfrascarnos en la ilusión siguiente en lugar de ver y transitar por el presente?

¿Por qué nos cuesta tanto esperar? Esperar es colocar una imagen de futuro en lugar del presente. Anulamos lo que sucede en este instante a favor de lo que creemos que va a suceder en el siguiente, lo que esperamos que suceda. Lo que estamos viviendo, que bien podría ser nuestro último momento de vida, se convierte en un paréntesis, en un “mientras tanto”.

“Contando los minutos
No vemos pasar las horas
Persiguiendo la horas
Dejamos pasar los días
Esperando un día
Se nos va la vida entera...”

Sabemos de sobra que con el tiempo todo cambia; todo ha cambiado siempre y sigue cambiando. Lo que ayer nos parecía el fin

del mundo pasó, y vino otra cosa. Lo mismo sucederá con lo que venga a continuación del momento presente. Lo que no sabemos es esperar a que suceda. Pero sucederá, no cabe duda. El asunto es soportar el presente. Tenemos horror del presente.

Si miramos hacia atrás comprobaremos que todas las cosas buenas que nos han sucedido sucedieron en un momento en que estábamos atentos al presente.

El presente es este momento en el que escribo esto y tú, lector, lo lees. Es un momento que compartimos en dos tiempos distintos, porque cuando tú lo leas ya esto estará escrito, y sin embargo ambos compartimos ahora - y este ahora es similar para los dos- estas palabras, y seguimos adelante preguntándonos a dónde nos lleva el razonamiento. Volveremos sobre ese ahora compartido, porque es más inquietante de lo que parece. He dicho "volveremos" y con ello he planteado un futuro posible en base a un pasado, la idea que ya hemos expresado...Igual sucede en cualquier recorrido. Nos vamos de un lugar, con lo que lo convertimos en pasado, y nos decimos que volveremos, con lo que lo hacemos parte del futuro también ¿Y el

presente?

Mi intención no es forzar la participación en el presente como si fuera una obligación o un precepto. Las doctrinas que proclaman que” hay que vivir en el presente” no explican nunca a qué presente se refieren: dan por sentado que hay un presente privilegiado por encima de todos los presentes posibles. Ese presente en el que dicen que hay que vivir no es más que una idea de presente y una idea del vivir, porque el presente, eso que no es ni futuro ni pasado, esa tercera cara de la moneda imaginaria que es el tiempo ,es también, por fuerza, una realidad imaginaria.

No hay presente puro, como tampoco hay futuro o pasado puro; todo tiempo es una mezcla de tiempos y lo que hay es esa irregular experiencia que continúa a cada momento.

Volvamos al póker. Han vuelto a dar cartas y nos ha tocado una mano magnífica. Este presente no se parece en nada al de

hace un rato, cuando ninguna de nuestras cartas valía nada. Pero si ahora prestamos atención, porque ya estamos mirando hacia el pasado para comparar lo que sucede con

lo que nos sucedió, podremos sacarle a la mano el máximo partido.

Tenemos una buena mano y el contrincante no lo sabe. Tampoco sabemos si el contrincante tiene una mano mejor o peor que la nuestra ¿Quién sabe? Nadie lo sabe, por eso es juego y por eso se apuesta: y nos toca apostar a nosotros.

Algunos creen que los que ganan en el póker es porque saben jugar mejor que otros. En realidad, muy poco es lo que se puede aprender del póker para decir o decirse que jugamos bien. La única prueba posible de que somos buenos jugadores es que ganemos jugando. ¿Es sólo cuestión de suerte? Sí pero no. La cuestión es qué hacemos con la suerte cuando la suerte nos toca. ¿Apostamos o esperamos que el otro apueste? ¿Confiamos en nuestra mano o sospechamos que la del otro es mejor? ¿Imaginamos un futuro posible en el que lo hemos perdido todo? ¿O imaginamos más bien otro, también posible, en el que somos los ganadores? O un tercero, que no es lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario.

Un futuro que no se parece mucho a lo que habíamos imaginado, como ocurre por lo general. Como, para poner un caso, que el

otro se retira inesperadamente, y ganamos sin haber hecho nada. Pero nos lamentamos de haber apostado tanto y haber asustado al otro, que sospechó que teníamos una buena mano. Y nos decimos que la próxima vez seremos más cautos, que mostraremos menos nuestras intenciones.

Sólo que la próxima vez todo será distinto.

Y la experiencia servirá de poco. La experiencia es una lámpara que llevamos...en la espalda.

Y el presente es siempre nuevo.

Y es el miedo a perder lo que impide ganar.

¿Perder qué?

No nos llevaremos ninguna de las fichas a la tumba. Y todas las que tenemos nos las dieron regaladas.

XV
Realice Sus Sueños

OnirosDreamMaker 3.1
Realizador de sueños.

1. Construya su sueño con el mayor detalle posible: use palabras, imágenes, sonidos, objetos o lo que quiera o tenga a mano, pero recuerde que debe expresarlo y definirlo de manera que sea tan fácil de comprender para otro como para usted. Practique con el espejo o con un amigo a amiga, o con su mascota, como si se preparara para una presentación en clase o una venta .Tiene que poder convencer a cualquiera de que su sueño es deseable para convencerse usted mismo.

2. NO INCLUYA A NADIE MÁS en su sueño. El tipo de sueños como:”Sueño con tener una casa muy grande para que todos mis hijos vivan en ella” no es realizable porque olvida que los demás tienen sus propios sueños. NO INCLUYA

COSAS; si son indispensables para su sueño, concéntrese en lo que haría con ellas y no en ellas. De otro modo las cosas absorberán la energía que requiere para la realización.

3. Imagínese en la situación deseada sin poner ningún límite a su imaginación. No piense en impedimentos o dificultades
técnicas: desarrolle su idea como si fuera una película y contara con un presupuesto ilimitado. Recuerde que las cosas forman parte de la utilería, lo que cuenta es la acción.

4. Ponga su sueño en tiempo y espacio. Imagine con detalle el lugar o lugares donde quiere que se realice y concentre la acción imaginada en tres momentos: el día anterior, el día de la realización y el día siguiente.

5. Imagine ahora el cuarto día: su sueño se ha realizado tal y como lo planeó: ¿Qué hará con la felicidad obtenida? Este paso es muy importante, porque la energía de esa felicidad deseada es la misma que utilizará para que el sueño comience a materializarse.

6. Sitúese ahora 1 año después. Esa meta ha sido lograda con éxito, como cuando aprendió a caminar, o a escribir, o cuando hizo su primer recorrido en bicicleta sin caerse ni una vez. Ha pasado el tiempo y ya eso es algo normal que le pertenece definitivamente. ¿Qué hará a continuación? ¿Qué nuevo sueño deseará realizar?

Es muy importante que cumpla este paso con cuidado, si no está completamente seguro repase los puntos anteriores a fin de corregir la secuencia, pero no siga adelante hasta tenerlo claro.

NO Valen respuestas del estilo: “Ya veré” o “Eso no cuenta”.

Para ayudarse, puede hacerse la pregunta siguiente: “Ya tengo lo que tanto anhelaba. Ya lo he disfrutado todo lo que he querido ¿Y ahora qué?”

7. Imagine un día completo de ese futuro posterior a la realización de su sueño. Imagine la noche de ese día. Imagine lo que soñará esa noche. Imagine el amanecer siguiente y trate de asir fuertemente todos los sentimientos, pensamientos, deseos y

sensaciones que producen en usted esas imágenes. Haga con ellas una maqueta tan clara y precisa como la primera.

8. Si ha cumplido todos los pasos anteriores habrá llegado a una idea clara de lo que quiere hacer con su vida. Lo más seguro es que encuentre que muchas de las cosas imaginadas en su última maqueta pueden hacerse ya.

Comience a hacerlas. Su sueño no tardará en realizarse.

XVI
Trialéctica

"Es tecnología 100% terrestre, exactamente: Soviética. Para no entrar en interminables cuestiones técnicas, que inevitablemente agobian, solamente comentaremos que lo conocido para nuestros "Cisnes" es el sistema binario, un 1 (encendido) ó 0 (apagado) dentro de una unidad de almacenamiento llamada BIT. En tanto que los soviéticos construyeron un sistema mucho más poderoso: El trinario. El principio es simple, ocupando al igual que el BIT una sola unidad de almacenamiento esta el TRIT, donde podemos guardar un 1 ó un 0 ó un -1, esto es, donde antes teníamos 2 posibilidades ahora tenemos 3 (Llévese 3 y pague 2, podríamos decir). En resumen el sistema trinario plantea mayor poder de computación a un menor costo."

(PC World.)

La dialéctica de Hegel, inspirada en la platónica y en la mayéutica de Sócrates, parte de un par de opuestos (tesis y antítesis)

para obtener un punto medio superior (síntesis) que se obtiene a través del devenir, que es: "La igualdad consigo mismo moviéndose" (cf. Fenomenología del Espíritu.)

A mi parecer no existen, en primer lugar, "opuestos". El concepto de opuesto es una abstracción de la que no encontramos muestras en la experiencia. Hombre y mujer no son opuestos (ambos tienen anatomías muy similares que se diferencian sólo en sus órganos reproductores y en la especialización de las funciones propias de la división biológica de los sexos) como no son opuestos día y noche ni vida y muerte. Extremos del mismo continuo sería una mejor fórmula para referirse, por ejemplo, a materia y energía y a la mayor parte de los entes que llamamos opuestos o antagonistas: luz y sombra, guerra y paz, etc.

Partiendo de abstracciones antagónicas Hegel llega (es un gran

mérito haber incluido el tiempo y el movimiento en la reflexión sobre el ser) a una síntesis igualmente abstracta: el punto medio, la armonía de los opuestos, la síntesis, no es nunca una mera "combinación" de elementos de la tesis y la

antítesis sino que tiene vida y fisonomía propias y singulares que no se derivan de los anteriores de manera mecánica sino orgánica. El hijo "natural" no es un híbrido de sus padres sino un individuo único y diferente con la mismas propiedades biológicas que aquellos.

El punto medio entre el blanco y el negro no es el gris, como muchos piensan, sino el verde...

Llamo trialéctica a la dialéctica donde la síntesis no es un término medio que se obtiene de manera abstracta por "cálculo" sino un ser independiente que resulta no de una "fusión" o "combinación" sino de la "relación amorosa", de la "conjuntio" de las partes precedentes, cada una singular y peculiar y por lo tanto idéntica a si misma y no "opuesta" a ninguna otra.

Podemos decir que "bueno" es "opuesto" de "malo" porque estamos en el terreno del lenguaje, que es el terreno de la abstracción. Pero en la experiencia y en la naturaleza no podemos hablar de opuestos:

¿Qué es lo opuesto de un árbol? ¿Y de un pájaro? ¿Es opuesto el oro de la plata? ¿El sol y la Luna son opuestos?

En trialéctica nada se opone a nada, todo

interactúa con todo. Pero esta interacción tampoco es abstracta: cada ente interactúa con cada otro de manera distinta.

Por otra parte, el tercer elemento no es sólo y simplemente "producto" o "resultado": pre-existe y co-existe con los dos primeros de la misma manera en que primero y segundo coexisten y pre-existen el uno con respecto al otro. "No hay dos sin tres" expresa de manera simple esta realidad en que el tres no es una mera probabilidad sino una realidad independiente sin la cual dos no pueden existir. Podríamos completar la proposición diciendo "No hay uno sin dos ni dos sin tres" y habríamos sustituido exitosamente la fórmula hegeliana de tesis + antítesis = síntesis, si agregáramos que dos no es igual a uno más uno ni tres es igual a dos más uno.

La vida no puede expresarse ni explicarse con fórmulas aritméticas. El universo no es un simple juego de mesa y podemos decir que en la experiencia "lo que es igual es trampa".

XVII
Brainterface

PREMISA

Los humanos se comunican a través de idiomas verbales y no verbales y también a través de mecanismos más sutiles, similares al de la conexión infrarroja y al bluetooth.

Estos mecanismos se establecen de manera natural entre personas que se relacionan de manera amorosa, amistosa, etc.

Dependen de afinidades constitutivas de variada índole.

El arte es una de las modalidades de esta conexión.

Las artes formales crean “paquetes” de transmisión que se exhiben o se exponen al contacto en forma de obras.

Hay maneras de transmisión que no requieren de obras formales para producirse.

Se establecen espontáneamente en situaciones que encontramos aleatoriamente en la vida cotidiana: en muchas de esas situaciones se realizan contactos que llegan

a convertirse en relaciones. Vg.: dos extraños coinciden en un lugar y un momento y repentinamente se reconocen como afines.

Brainterface es una modalidad cercana al arte y de carácter experimental que ensaya la producción de situaciones de esa clase de manera voluntaria y no accidental.

Partiendo de situaciones-base ya existentes, como la fiesta, el paseo, el encuentro, etc. desarrolla alternativas de juego que hacen interceder varios planos de conciencia, como en la propuesta teórica de Arthur Koestler acerca de la creatividad.

Se dan "momentos" de alta concentración de "conectividad creativa" que se exhiben y se exponen al contacto de los participantes.

LA EXPERIENCIA

Se produce un "evento-no-etiquetado" en el que pueden confluir manifestaciones de las artes formales o no y cuya única descripción estática es la que se refiere al espacio y tiempo en que ocurre.

Se diferencia radicalmente de todas las formas de happening en que no existe

división de tareas entre “actores” y “público”. La brainterface se ejecuta sólo entre “oficiantes” preseleccionados por su grado base de afinidad. Puede desarrollarse en una primera fase entre artistas, por ejemplo.

Se diferencia de una simple fiesta o una reunión o un encuentro en que el único propósito de la sesión es la creación de una “aventura” para el grupo entero, válida para todos y cada uno de sus miembros.

LA AVENTURA

En este contexto, definimos provisionalmente aventura como un proyecto definido en tiempo y espacio con la participación de todos los miembros de la experiencia: el propósito final de la aventura varía con cada grupo y con cada experiencia.

Una definición provisional de “propósito” podría ser: algo que todos quieren y que ninguno puede realizar sin todos los demás.

Quedan excluidos, por ende, los propósitos que puedan realizarse entre dos o más integrantes que formen un subconjunto: Vg.: romance, colaboración con fines comerciales, viajes, etc. No se descarta, sin

embargo, que la experiencia produzca uno o más eventos de esa clase que serían sub-aventuras paralelas.

Si el conjunto de los “aventureros” no llega a dar con un “propósito” válido para todos durante la experiencia, ésta concluirá como esbozo de aventura que podrá ser utilizado como guía en nuevas experiencias para uno o más de los participantes.

El teatro, la novela, la música sinfónica y otras formas de agrupación de personajes o voces reales o imaginarios son maneras de hacerse una idea previa de lo que la aventura puede significar.

Los integrantes del grupo adoptan roles no exclusivos similares a los de instrumentos de una orquesta o personajes de una pieza teatral o una novela en la que el guión o la partitura es escrito por todos.

La aventura se diferencia de las aventuras conocidas en que estas últimas son producidas por un agente externo al grupo. Tal sucede en las aventuras resultantes de propósitos como la guerra, la conquista, el descubrimiento, etc.

EL CÓNCLAVE

Un número predeterminado de participantes se reúne en un lugar que disponga de los requerimientos necesarios para la permanencia en él durante el tiempo que se establezca de manera que todos y cada uno dispongan de todo lo que necesiten para dicha permanencia.

Este "cónclave" dispondrá de recursos para producir una votación libre en la creación del proyecto de aventura. La decisión será única y exclusivamente tomada por total unanimidad.

LA OBRA

La aventura es la obra, el producto o como quiera llamárselo. Ejemplos que sirven para imaginar las posibilidades iniciales son aquellos que respondan a preguntas de la índole:

¿Qué cosa podríamos crear/producir/expresar/hacer entre todos que todos quisiéramos crear y que ninguno puede por sí sólo?

EL MOVIMIENTO

Desde el momento en que un esbozo de aventura alcanza una relativa unanimidad, el grupo se transforma en un movimiento.

Ejemplos a seguir y no seguir son los disponibles en la historia del arte, como el Surrealismo, el Dadaísmo, etc. O en la de la ciencia: el Círculo de Viena, etc.

Tómese en cuenta que dichos movimientos fueron producidos de manera casual y no voluntaria.

El movimiento brainterface es resultado y origen a la vez de la aventura. Obteniendo unanimidad sobre el nombre que se le dará puede definirse un proyecto, de igual modo que el título de una obra puede sugerir su desarrollo.

“Los 8 de Totness”, por ejemplo, es el nombre de una aventura sin límites y también sin propósito específico. “Los neo-renacentistas” en cambio, define una tendencia y no es limitante en cuanto al grupo que lo conforma.

XVIII
Conclusión

Materias como las que nos ocupan, por inmateriales justamente, admiten de mala gana las conclusiones. Conclusión indica fin, término y muerte: hemos tratado de acercar al lector algunas ideas sobre la vida, que siempre recomienza.

La vida es irreductible e imposible de detener, regularizar o encasillar definitivamente. Siempre encuentra o inventa nuevos caminos, nuevas formas y nuevos contenidos para continuar creciendo en conciencia y en creatividad. Estas páginas son las cartas que el autor ha puesto sobre la mesa en un juego que no es solitario. No hemos querido mostrar una visión acabada porque, como hemos tratado de mostrar de distintas maneras, las visiones acabadas acaban con la visión, degradan la capacidad de ver.

Comenzamos hablando de lo que se denomina publicitariamente “autoayuda” o “superación personal” y podríamos decir antes de que este texto termine y comience otro que también en los libros que se clasifican de esa manera arbitraria se

encuentran rastros de los que deja la verdad al pasar, porque la verdad nunca se detiene. La razón es sencilla, cualquier texto contiene verdades en todo momento. Basta con abrir al azar el primer libro que uno tenga a mano para encontrar una frase que cobra sentido para el lector de manera a veces fulgurante, como si hubiera sido escrita para él.

Las semillas voladoras, como esas que parecen esferas de pelusa blanca que vuelan en verano por los campos, son una apuesta de la naturaleza a favor del azar. Los árboles que las producen tienen millones de años reproduciéndose gracias a que la impredecible corriente de los vientos lleva siempre una cantidad suficiente de ellas a terreno fértil donde pueden germinar.

La cultura forma parte de la naturaleza. Como hemos hablado de textos o libros, podríamos decir palabras, pronunciadas por cualquiera en cualquier momento. Por boca de los niños habla el espíritu, y también por la de los jóvenes, los adultos y los ancianos. En el Credo católico se dice del Espíritu “que habló por los profetas”: se puede inferir que si los tiempos no han terminado sigue hablando por ellos; los profetas siguen

naciendo.

La gente sigue viviendo y no seguiría haciéndolo si no creara a cada instante. Lo que llamamos Creación es una obra en proceso permanente...

Mis cartas, estas que he puesto sobre la mesa, son mi apuesta de hoy, una apuesta que habré y habremos ganado si alguna de las ideas contenidas en esta “mano” impulsa al lector a deshacerse de reglas, normas y convenciones para ser él mismo o ella misma, no mejor, sino más auténtico, más original. Porque el original de uno mismo no es nunca la copia que quieren vendernos para impulsarnos a parecernos a ella. La conclusión es que ya es hora de comenzar.

He jugado. Es tu turno.

Paris-Caracas-Málaga, 2004/2005